

**MUNIBE (San Sebastián)**

Sociedad de Ciencias Naturales **ARANZADI**  
Año XXII - Números 3/4 - 1970. Páginas 125-164

**Excavaciones en Aitzorrotz 1968.****IGNACIO BARANDIARAN**

La campaña de Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de Aitzorrotz (Barrio de Bolibar-Ugazua; en Escoriaza, Guipúzcoa), del 1 al 14 de agosto de 1968.

Autorizadas por la Inspección General de Excavaciones Arqueológicas, de la Dirección General de Bellas Artes, con fecha de 29 de marzo de 1968.

Director: Dr. Don Ignacio Barandiarán Maestu (Universidad de Zaragoza).

Colaboradores: Rvdo. Don Cruz Abarrategui Leanizbarrutia, Lcdo. Don José Angel Barrio Loza, Don Francisco Lejarza Echezarraga, Don Federico Ríos Núñez y Don José Ramón Arrizabala Echeverría.

Auxiliar: Cecilio Aguiriano Goiz.

Subvencionadas por las Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa (San Sebastián) y Caja Laboral Popular del Valle de Léniz (Mondragón).

Los materiales obtenidos se hallan provisionalmente depositados —durante su estudio— en el Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Zaragoza.

Este trabajo se ha preparado y desarrollado dentro del Plan de Fomento a la Investigación en la Enseñanza Superior, del Ministerio de Educación y Ciencia.

*Queremos hacer constar nuestro especial agradecimiento a las Cajas de Ahorros Provincial de Guipúzcoa y Laboral Popular del Valle de Léniz por las generosas ayudas económicas que posibilitaron estas excavaciones.*

*Y al contagioso entusiasmo de don Cruz Abarrategui, Cura-Párroco de Bolibar-Ugazua, a quien se debe la iniciativa y constante impulso de nuestros trabajos.*

## I. INTRODUCCION

La Arqueología peninsular sólo en época reciente la comenzado a interesarse por el estudio de la Edad Media. El conocimiento de esa época de nuestra historia se cedía sistemáticamente a la información proporcionada por el documento escrito. Sólo cuando la Historia del Arte, la Orfebrería o la Numismática —por poner unos ejemplos— creían suficientemente bello, rico o espectacular un «monumento» (el castillo formidable, la pieza de armadura, la buena cerámica o la moneda coleccionable) se acudía a unos métodos de estudio que en algo coinciden con los propios de la Arqueología. Pero casi siempre han quedado marginados otros testimonios más modestos del Medievo: las cerámicas vulgares o de uso común, las acumulaciones de ruinas de habitación, las superposiciones en la cimentación de los edificios, las piezas metálicas de peor conservación, etc. Sin embargo, en ellas pudieran encontrarse valiosas precisiones hacia una más perfecta reconstitución de la Historia interpretándolas conforme a las habituales vías del método arqueológico: la estratigrafía, la tipología y la cronología. Para aclarar aspectos generales o sólo de detalle, que habitualmente silencia la documentación contemporánea: tan exigua casi siempre y demasiado oficial, protocolaria o burocrática.

Estas afirmaciones tienen especial aplicación al País Vasco, y en particular a aquellas de sus regiones de escabrosa orografía o difícil comunicación: como las de Vizcaya o Guipúzcoa. Aquí, paradójicamente, habremos de admitir que poseemos mayor precisión de conocimientos sobre las gentes y culturas que ocuparon nuestro suelo en épocas tan remotas como el Paleolítico Superior o el Eneolítico que sobre las que estuvieron en los siglos bien llamados «oscuros» de la Edad Media. Para estas fechas, la documentación escrita —aun no suficientemente explotada, sin duda— es escasísima y además muy parca en los datos que proporciona. Pensamos, por ejemplo, en que la historiografía escrita medieval de Guipúzcoa halla prácticamente su fuente primera en lacónicos documentos referentes a donaciones (así entre los más antiguos el de García Aznar de 1025 dando cuenta de la entrega del Monasterio de Olazábal en Alzo, o las donaciones de su esposa Doña Gaila: procedentes ambos documentos de los fondos del Monasterio de San Juan de la Peña) o, algo más adelante, en relaciones de Crónicas reales donde la cita suele ceñirse a topónimos (plazas que se toman o establecen, fronteras que se marcan, tierras que se reparten, villas que se pueblan) o a personajes destacados por su actuación pública. Sólo avanzado el siglo XIII nuestra historia provincial comienza a vivificarse, adquiriendo el cuadro sus líneas generales, y poco a poco sus concretos detalles.

Es cierto, de todos modos, que la incorporación efectiva de la Provincia de Guipúzcoa a la «cultura medieval» es muy tardía; pues «hasta fines del siglo XII, pero sobre todo en los siglos XIII y XIV, no se lleva a cabo una consciente política de repoblación interior y de construcción de caminos» (1).

Las dificultades para el conocimiento histórico de los siglos V a XIV en Guipúzcoa las vemos polarizadas en dos extremos. Desde un punto de vista del documento escrito son la ausencia de los anteriores al XII y la escasez o extrema parquedad de los más recientes. Desde el punto de vista del monumento material, es la casi total falta de adecuadas investigaciones arqueológicas que, desde luego, no son fáciles de desarrollar por la precariedad de conservación de esos restos y por el peculiar estancamiento de tantas tecnologías medievales en el País; lo

(1) Página 65 de «*Vasconia medieval. Historia y Filología*» de J. M. LACARRA. (San Sebastián. 1957): excelente introducción general al tema.

que en las tierras de más intrincado relieve se agrava por el carácter de remanso cultural que ofrecen, haciendo perdurar cientos de años formas y modos de vida de antigua raíz (2).

En los albores mismos del siglo XIII pasa Guipúzcoa a depender de la Corona de Castilla; esa centuria supondrá el poblamiento o consolidación de numerosos establecimientos humanos en nuestro suelo. Es precisamente el quicio histórico que hará entrar a la Provincia por las vías de una lenta incorporación a la civilización hispánica contemporánea, saliendo —creo que es válida la expresión— de su «protohistoria».

Entre las plazas existentes ya en ese momento se halla el Castillo o fortificación de Aitzorrotz, a cuyo estudio dedicamos una primera campaña de Excavación Arqueológica en 1968: su informe preliminar lo damos ahora.

#### a) Monumentos arqueológicos de Guipúzcoa de fines del siglo XII

La incorporación definitiva de Guipúzcoa y Alava (hasta entonces dependientes de Navarra) al Reino de Castilla es una de las consecuencias de los episodios de enfrentamiento entre Alfonso VIII de Castilla y Sancho VII el Fuerte de Navarra, en los últimos años del siglo XII. Los intereses del Rey castellano apuntaban al control político de esas tierras, que intermediaban espacialmente hacia el vecino Ducado de Gascuña, al otro lado del Pirineo, que había recibido en cesión su esposa Doña Leonor (3). El episodio central de ese enfrentamiento es el sitio de la Ciudad de Vitoria que, precisamente, adelantó su paso a manos de Alfonso VIII una vez que el resto de las tierras alavesas y Guipúzcoa se habían incorporado al bando castellano. Vitoria fue tomada a principios del año 1200, antes del 25 de enero. Para el 31 de agosto de 1199 —en que Alfonso VIII se halla cercándola— ya Ibida (excepto Treviño), Alava y Guipúzcoa eran «ganadas» por el Rey de Castilla (4). Su tenencia fue confiada a Don Diego López de Haro.

El relato pormenorizado del suceso procede del Arzobispo Jiménez de Rada; en traducción: «...E el rey don Sancho quitóles el homenaje, e mandóles que diesen la villa al rey don Alonso de Castilla, e asy la ovo el rey de Castilla, e ganó á Ayubda, e á Alava, e á Lepuscoa, e todas sus tierras e fortalezas, salvo á Treviño que ovo en cambio por Oncura, e Yuda que dio en cambio por Portillo, e ganó á Sant Viceinte, e á Sant Sebastian, e Fuenterrabia, e Beolaya, e Alteiui, Aslucea, e Axcorrocia, que llaman Vitoria la Vieja, e Mantavo, e Ahusa, e Ateo, e Ayrrapta, todo lo ganó el rey don Alonso. E el rey de Navarra quando vió que los moros non le ayudavan,

(2) Estas «supervivencias», a veces de casi la totalidad de los elementos de la Cultura, son especialmente amplias y profundas en los períodos que siguen en el País a los fuertes impactos que suponen los «Complejos» Paleo-Mesolítico, Eneolítico y Romanización. De forma que las zonas más alejadas o marginales de nuestra geografía hacen de auténtico fondo de saco en que se remansan —y evolucionan peculiarmente— los impulsos culturales revistiéndose a veces de un falso aire arcaizante. Véanse, a este respecto, las observaciones de F. JORDA en «*El Pirineo en la Prehistoria*» (páginas 17 a 24 del tomo 11-12 de «Caesaraugusta». Zaragoza, 1958).

(3) Para este importante momento histórico debe consultarse la «*Gacetilla en la Historia de Navarra y Guipúzcoa en el año de 1200*», en las célebres «Euskarianas», de A. DE CAMPION: entre otras publicaciones de Historia medieval guipuzcoana. Destacamos como el mejor estudio de conjunto, «*El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*», de J. GONZALEZ. (Madrid, 1960): sus páginas 851 a 853 del tomo I de la obra, que se dedican a los episodios que comentamos, nos han servido de guía.

(4) Para J. GONZALEZ (op. cit., pág. 853) Alava y Guipúzcoa el Rey Alfonso las «ganó» por pacto: pues «no otra cosa parece indicar la palabra «adquirió» («adquisivit») de la Crónica latina». Que la entrega se realizó durante el asedio de Vitoria es evidente («dum duraret obsedio»). Las plazas entregadas que cita J. González son: «San Sebastián, Fuenterrabía, Beloaya (en el valle de Oyarzun), Zequiategui, Aizcorroz, Arlucea, Azprocia, Vitoria la vieja, Marañón, Elosua, Athavit, Iurita, San Bicente (de Atana) y Santa Cruz».

tornóse para su tierra cargado de joyas, sin onrra, e sin esfuerzo de los moros, e sin ayudador ...» (5).

De los nombres de plazas y fortalezas guipuzcoanas citadas son de clara reducción Sant Sebastian, Fuenterabia, Beolaya (o Beloaga, en Oyarzun), y salvadas las dificultades del detalle en la transcripción de esos topónimos, Ahusa («Ausako-Gaztelu» en Zaldivia), Ateo (a Atagun o Athavit: el recinto de Jentilbaratza, en Ataun) y Axcorrocia (o, mejor, Aircorroz; en el pico de Aitzorrotz, en Bolibar-Ugazua). Existiendo algunos restos materiales que certifican dicho carácter de plaza fuerte, o de simple recinto guarnecido, en tales emplazamientos.

Aunque no haya evidencias de construcciones en San Sebastián o en Fuenterrabía remontables con seguridad a esos inicios del siglo XIII tienen gran interés los sellos de sus Concejos: de los que los más antiguos que se conservan pertenecen a 1297, pero tuvieron sin duda anteriores precedentes. En sus reversos ofrecen ambos en común el tipo de un castillo fortificado con la leyenda en torno «INTRAUIT DOMINUS IESUS IN CASTELLUM». Texto que carece de toda relación numismática o sigilográfica con el contemporáneo tipo parlante del Reino de Castilla; y que aquí parece aludir, sin duda, al carácter de fortificación castellada o murada de ambas plazas (y también, acaso, a su donación o entrega al nuevo señor castellano).

El lugar de Beolaya conserva su nombre en el alto de Beloaga (Veloaga o Feloaga), en Arkale (Oyarzun) a unos 270 m. sobre el nivel del mar. En esa cumbre se observan aún hoy restos de obra de fortificación bastante deteriorada: en lienzos de muro que aprovechan, empotrándose, la conformación natural de aquellos peñascos (6).

En el término «Ausako-Gaztelu» de Zaldivia quedan evidencias de una antigua construcción; se halla en un peñón situado —no lejos, al Norte, del dolmen de Ausokoi— al W-NW del pico de Saltarri. En ese lugar realizó José Miguel Barandiarán una cata de sondeo en 1916; obteniendo evidencias de una fortificación medieval y restos arqueológicos semejantes a los que consiguió en su prospección de Jentilbaratza. La opinión de Julio de Altadill que reduce el «Ahusa» de Jiménez de Rada a la Ermita de Nuestra Señora de Assa (en Puebla de la Barca, junto a La-

(5) En «Crónica de España del Arzobispo Don Rodrigo Jiménez de Rada», en pág. 459, del tomo 105 de «Col. de documentos inéditos para la Historia de España», Madrid, 1893. Las puntualizaciones más precisas sobre transcripción y reducciones de esos topónimos se deben a F. AROCENA (así, p.e., en páginas 316-317 de «El "Castrum Montis Acuti" documentado como medieval», tomo XIII de «Bol. R. S. Vasc. Amigos del País», 1957). Ahí se defiende la teoría de ser también el recinto de Mendicute (Albístur) de esta misma época; frente a I. López Mendizábal.

(6) Además de las citas escuetas de los generales «Diccionario Geográfico-Histórico» de la R. ACADEMIA DE LA HISTORIA, y «Diccionario Geográfico-Estadístico-Histórico de España y sus posesiones de Ultramar», de P. MADDOZ. pueden verse las alusiones de L. MICHELENA en «Guipúzcoa en la época romana» (páginas 83-84 en el «Boletín de la R. Soc. Vascongada de los Amigos del País». San Sebastián. 1956) y de L. PEÑA BASURTO en «San Sebastián en la Prehistoria y Protohistoria» (tirada aparte, San Sebastián. 1963. página 11). Este último ha levantado un plano de las ruinas de Feloaga; contra su opinión, no creemos que esos restos correspondan a fortificaciones de época romana, sino al Castillo medieval mentado.

guardia, en Alava) parece proceder de una confusión de topónimos y debe rechazarse (7); habrá de localizarse tal plaza en el indicado lugar de Zaldívia.

P. de Gorosábel había supuesto que el Ateo de Jiménez de Rada debía hallarse en el mismo emplazamiento de la actual Iglesia de San Gregorio, en Ataun; siguiendo su opinión, S. de Múgica sugiere que en el cercano pico de Jentilbaratza tuviera su asiento alguna guarnición romana, dejando el castillo medieval en el propio San Gregorio (8). En ese pico practicó J. M. de Barandiarán unas excavaciones el 7 de agosto de 1916 (9). Sus observaciones sitúan con toda seguridad en el peñón de Jentilbaratza (sobre el monte Artxabaleta, en un extremo de la Sierra de Aizkoate) la fortificación de Ataun que incorpora Alfonso VIII a Castilla en el 1199. De lo publicado sobre la excavación del lugar —y como término de comparación con lo que luego anotaremos de Aitzorrotz— nos interesa retener los aspectos concretos siguientes:

— El recinto se alza sobre un peñascón de muy difícil acceso a excepción de la entrada natural, al Sur, que se hallaba cerrada por una pared «de un metro de espesor por doce de largo y tres de alto»: hecha en buena obra de cantería y unidas sus piedras con dura argamasa.

— Es de reducidas dimensiones: 24 metros de largo por unos 10 de ancho.

— Posee un aljibe tallado en la piedra del suelo, «en la parte SO. y E. aparece un hoyo bastante profundo muy bien trabajado en roca viva».

— La excavación proporcionó diversos elementos. Unos dispersos en superficie («trozos de vasijas, huesos de animales, clavos y pedazos de hierro»); y otros ya en los niveles intactos («clavos de variadísimas formas, un pedazo de espadín, tres puntas de lanza y dos monedas de vellón»).

— Comunica con una cueva natural, a la que se superpone la planta del «castillo»: «bajando por unos escalones practicados en la peña por el lado Sur antes de recorrer la distancia de diez metros, aparece la boca de una estrecha cueva que conduce a otra más espaciosa, iluminada por una ventana natural abierta hacia el Oriente, en medio de un precipicio. ¿Esta cavidad habrá podido ser una habitación en otro tiempo o bien algún lugar de enterramiento?».

## b) El castillo de Aitzorrotz

El recinto fortificado o plaza de «Aircorroz» de Jiménez de Rada coincide con la zona somera del pico de Aitzorrotz, en término de Bolibar-Ugazua: en el extremo sudoccidental de la Provincia, no lejos ya de tierras alavesas. El pico de Aitzorrotz (en otras grafías, Aizorrotz o Atxorrotz —según contracción muy frecuente en los vascoparlantes de la zona—, significando «Peña-Aguda») domina, desde su cabecera, el Valle de Léniz por el que discurre el río Deva ha-

(7) De Ausa-Gaztelu sólo se ha publicado un relato legendario por J. M. DE BARANDIARAN en «*El mundo en la mente popular vasca*». (San Sebastián. 1960, tomo I, página 39) y su emplazamiento por T. DE ARANZADI, J. M. DE BARANDIARAN, E. DE EGUREN en «*Exploración de nueve dólmenes del Aralar guipuzcoano*». (San Sebastián, 1919: en el mapa de situación de esos dólmenes). Debo a amable comunicación oral de Don José Miguel de Barandiarán el resto de noticias que incluyo aquí.

A. DE CAMPION, realizando un minucioso repaso de todos los posibles emplazamientos del Ahusa de Jiménez de Rada no supo aclarar su exacta localización (en 5.<sup>a</sup> serie de «*Euskarianas*», 1915, páginas 256... y 270). J. DE ALTADILL («*Castillos medievales de Nabarra*». San Sebastián. 1934, tomo I, página 97 a 102) se decide por el Assa, junto a Laguardia.

(8) S. DE MUGICA en «*Geografía General del País Vasco-Navarro, Guipúzcoa*». (Barcelona. 1915, pág. 939).

(9) El informe sobre dicha excavación fue publicado con el título «*Jentilbaratza o el castillo de Ataun*» por J. M. DE BARANDIARAN en tres distintos lugares: en la Revista «*Euskalerriaren Alde*» (San Sebastián. 1916, tomo VII. n.º 136). en el «*Boletín de la Comisión de Monumentos de Nabarra*» (de 1917, Pamplona) y en la obra de J. DE ALTADILL («*Castillos medievales...*», citada, tomo I, páginas 103-105). Un informe se dio, también, en «*Exploración de nueve dólmenes...*», cit. de ARANZADI - BARANDIARAN - EGUREN (página 11).

cia el mar; su cota máxima de altura se establece en los mapas del Instituto Geográfico y Catastral a 738 m. sobre el nivel del mar. Hoy se alza allí una ermita dedicada a la Exaltación de la Santa Cruz que existía ya al menos en el último cuarto del siglo XVI, según consta en los libros del Archivo Parroquial de Bolibar-Ugazua (10). En torno a dicha ermita, y ocupando la exigua explanada que forma en su cumbre este abrupto peñón, se observan restos de un muro de fortificación que la resguarda por los lados más accesibles (todo el costado occidental), mientras que no se notan aparentes acondicionamientos de defensa por el impresionante tajo a pico de los lados NE. y ESE. En el extremo meridional de la ermita queda un aljibe tallado en la peña caliza del lugar (11).

La identificación de la plaza citada como «castillo» entregado al rey Alfonso VIII con las ruinas existentes en el pico de Aitzorrotz ha sido del común dominio de cuantos han tratado de Historia medieval guipuzcoana. Así, ya en 1571, el mondragonés Esteban de Garibay recoge la noticia refiriéndonos que «por desafueros que habían los años pasados recibido de los reyes de Navarra, en cuya unión habían andado en los setenta y siete años pasados, siguiendo en lo próspero y en lo adverso a los reyes de Navarra... en la frontera de Alava le dieron el castillo de Achoroz, del valle de Léniz, y en la frontera de Vizcaya el castillo de Arrasate, que agora se dice Mondragón» (12). Semejante observación se recoge en los Diccionarios de la Real Academia de la Historia y en el de Pascual Madoz; y en las obras de Juan Antonio Llorente y Pablo de Gorosábel, añadiéndose en ocasiones precisiones de personal intuición que de-

(10) En una primera revisión que realizamos de la documentación parroquial que se conserva desde 1555 bajo la forma de «Libro de Partidas» y «Libro de Fábrica y Cuentas» hallamos alusiones a dicha Ermita en: 1594, 1620, 1634, 1662, 1672, 1711 (como «Santa Cruz de Achoroz» o, simplemente, «Santa Cruz»); en 1634 y 1662, 1799 y 1819 (ahora como ermita de la «Ascensión del Señor»).

J. DE ARAMBURUZABALA, en trabajo inédito sobre Escoriaza que escribió en 1955, afirma que en el Registro del Licenciado Espilla, de 23 de marzo de 1580 se archiva un contrato para construcción de una campana para Ugazua pues «se avia quebrado una y un esquión de tres quintales poco más o menos para la ermita de Santa Cruz de Achoroz».

(11) La visión de conjunto más amplia sobre la historiografía de Aitzorrotz-yacimiento es la que publicamos en 1965 en la revista «Príncipe de Viana» de Pamplona (páginas 93 a 102 del tomo 98-99) con el título «Sobre el yacimiento arqueológico de Aitz-Zorrotz Escoriaza (Guipúzcoa)». Además de las publicaciones que citaré en cada caso, indicaremos aquí las escuetas noticias de algunos artículos periodísticos (en «El Diario Vasco», por XX. o L. PEÑA SANTIAGO), «Una ascensión a Aitzxorrotz» (en páginas 98-99 del tomo XVIII de «Vida Vasca», Bilbao, 1941), «Catalogue des Stations préhistoriques des Pyrénées Basques» por J. M. DE BARANDIARAN (en el número 30 del Catálogo, «Ikuska», Sare, 1946), «Paleolítico y Mesolítico en la Provincia de Guipúzcoa» por I. BARANDIARAN (página 32 del tomo 23-24 de «Caesaraugusta», Zaragoza, 1964), «El Paleomesolítico del Pirineo Occidental» por I. BARANDIARAN (páginas 96-97, Zaragoza, 1967) y «Guipúzcoa olvidada» por L. PEÑA SANTIAGO (páginas 17 a 21, Bilbao, 1968).

La Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa acaba de publicar «Sobre los siglos oscuros de la Historia de Guipúzcoa», texto de la conferencia que pronunció en San Sebastián, el 31 de octubre de 1969 en la Diputación Provincial: ahí se presenta un esquema bastante completo de nuestras excavaciones de Aitzorrotz.

J. DE ALTADILL en sus *Castillos medioevales de Nabarra* (San Sebastián, 1936, tomo III, página 104) se refiere con escasa seguridad en cuanto a grafía toponímica al castillo de «Airkorrotz» o «Aizkornoz»: al que, en ocasiones, no distingue con nitidez del de «Ozkorroz» o «Atxorroz» de Navarra. Ahí mismo da Altadill una lista de los alcaides del Bolibar.

(12) En su *Compendio historial de las crónicas e Historia universal de todos los reinos de España, donde se ponen en suma los condes señores de Aragón con los reyes del mismo reino, y condes de Barcelona, reyes de Nápoles y de Sicilia* (Libro XXIV, capítulo 17; Amberes, 1571).

forman la realidad de los hechos históricamente seguros sobre Aitzorrotz (13).

De la importancia del «castillo» en la Historia de Guipúzcoa —si no fuera bastante el recordar su inclusión en la corta lista de plazas pasadas a Alfonso VIII— habla suficientemente el que, según J. A. Llorente, en la Edad Media su nombre se extendía a toda la amplia zona que quedaba bajo su inmediato control militar y estratégico: la que, denominada Aizorocia, comprendía los Valles de Léniz, de Oñate y de Placencia cubriendo una estrecha franja de terreno casi hasta el Cantábrico, en dependencia del Obispado de Calahorra.

La noticia histórica del Aitzorrotz medieval debe completarse con la cita de quienes fueron sus alcaides, según lista desgraciadamente no completa: Iñigo de Oriz en el último cuarto del siglo XII (en 1187 sería nombrado Señor de Guipúzcoa), Pedro Martínez de Lete en 1214, Pedro Arnalt de Urrutibia en 1265, García Petri de Bergara en 1290 Martín Ortiz de Zulueta en 1305, Miguel de Nas en 1307, Martino Ortiz de Zulueta en 1309, Juan Martínez de Irurozki de 1311 a 1319, Pedro Arnalt de Urtubia en 1320, Petri Sanz de Bertiz de 1321 a 1323, Martino Ortiz de Zulueta en 1324, Martín Marquinez de Etxalar de 1329 a 1331, Helio Martínez de Irurozki en 1337, Miguel Martínez de Etxalar en 1338, Martín de Mendía en 1339, Simón Martínez de Barasoain en 1340 (el mismo de 1341 a 1349), siendo el castillo «en 1369 incluido por Ordenanza real entre los abandonados» (14) según establecen lista y transcripción —en ocasiones de difícil credibilidad —de J. de Altadill.

Durante casi un siglo Aitzorrotz permaneció en tal estado de abandono hasta que, a mediados del XV, recobra temporalmente su perdido carácter: como pieza clave en las escaramuzas de los bandos y parcialidades que conmovieron la Provincia en el reinado de Enrique IV. En 1457, en concreto, fue utilizado por las tropas reales; recogiendo P. de Gorosábel, de los Archivos Provinciales (15), la noticia de «una Real Cédula de D. Enrique IV de 18 de mayo de 1461, dando las gracias por el socorro de gente enviado a dicha fortaleza, así que por los trabajos que había padecido ésta en su defensa durante los trastornos políticos que ocurrieron en el reinado». En 1463 parece que de nuevo interviene Aitzorrotz como plaza decisiva de contención contra los últimos rebeldes a Enrique IV.

El general desmantelamiento de las obras de fortificación de tantas casas-torre del País Vasco, en la segunda mitad de este siglo XV, quizá no afectase inmediatamente a Aitzorrotz; pero su existencia, como plaza fuerte, no creo que llegase a los inicios del XVI (extremo que es posible que, en ausencia de documentación escrita, pueda aclararnos la excavación arqueológica); si no pensamos que el final mismo de las parcialidades del reinado de Enrique IV supone el abandono de la plaza por las tropas allí acuarteladas. Perdido tal carácter, la ermita de la Santa Cruz se convierte en los siglos siguientes en una de las de más veneración popular en este extremo de la Provincia. En las contiendas civiles de los últimos tiempos (la guerra car-

(13) Así: el «Diccionario...» de la R. A. DE LA HISTORIA (Madrid, 1802: s. v. «Escoriaza»), el «Diccionario...» de P. MADDOZ (Madrid, 1845, tomo I, página 1761, las «Noticias históricas de las tres Provincias Vascongadas» de J. A. LLORENTE (Madrid, 1806, tomo I, capítulo 2. núm. 3), el «Diccionario Geográfico-Histórico-Descriptivo de Guipúzcoa» de P. DE GOROSABEL (Tolosa, 1862, página 162); y, recientemente, «Guipúzcoa en la época romana» cit. de L. MICHELENA (pág. 77, 94). Las variantes de transcripción del topónimo son: Achorrotz, Aitzorroch, Aizcorroz, Aizcornoz, etc.

(14) La indicación a Iñigo de Oriz procede de la obra inédita de J. ARAMBURUZABALA de 1955. El resto, de «Castillos medioevales...» de J. DE ALTADILL (tomo III, página 104) quien, al parecer, la extrajo de las listas del Archivo de Comptos de Navarra: insistimos ahora en nuestras reservas a la ortografía usada por Altadill en la transcripción de estos nombres.

(15) No hemos podido comprobar aún si realmente esa Cédula de Enrique IV se halla en el Archivo de Escoriaza; la noticia también se recoge en el «Diccionario...» de la R. A. H., 1802.

lista de 1833-39 y la civil de 1936-36) (16) recobró el abrupto picacho su función estratégica.

Pero, ¿desde cuándo se ha ocupado por el hombre Aitzorrotz? Es, en el silencio o escasa locuacidad de las fuentes escritas, el testimonio arqueológico quien puede acaso responder a la cuestión.

Durante la primera guerra carlista, según Gorosábel, con motivo de realizarse unas excavaciones (¿de atrincheramiento?) en la cumbre «se encontraron muchos huesos humanos, cascos de morriones, pedazos de lanzas, y otras cosas de hierro, y como media docena de monedas romanas de plata del tamaño de media peseta. Ahora bien, en una heredad que está debajo de dicha pena, aunque algo apartada de ella, se encontró en el año de 1843 una punta de lanza de pedernal de cuatro pulgadas de largo y una tercia de ancho, cuya antigüedad es indudable». El francés Capistou, en 1877, se hizo eco de la misma noticia concretándola en algunos detalles que no sabemos qué crédito merecen, «se descubrieron en excavaciones huesos humanos, armas, espadas y lanzas, y monedas de oro y de plata acuñadas con la efigie de César-Augusto» (17).

En 1926 publicó Lorenzo Reca el resultado de una serie de excavaciones y búsquedas realizadas por él en los años inmediatos en la cumbre de Aikorrotz (18). Su interpretación de los materiales debe ser, naturalmente, puntualizada en algunos aspectos: lo que no obsta a reconocerles el mérito de —conforme a los métodos arqueológicos habituales en su tiempo— haber llamado la atención sobre la entidad cultural de este castillo y de presentar correctamente unas evidencias materiales del yacimiento. Evidencias que, por desgracia, se han extraviado en su casi totalidad.

En la excavación de Reca se recogieron variadas piezas metálicas de hierro, muy oxidadas: alrededor de la treintena de puntas de flecha bastante semejantes en forma y tamaño (al excavador le recuerdan los «tela romanorum»): atribución errónea), fragmentos de hoja de puñal y de una gran lanza, diversos instrumentos punzantes, y algunas hojas de cuchillo, un hacha de armas, una dudosa punta de espada, piezas de adorno o apliques de distinta calidad (algunos con restos de una finísima capa dorada)... Encontró además varios fragmentos cerámicos de no segura clasificación, y huesos recortados intencionadamente al parecer (en sentido longitudinal); así como lascas de pedernal o sílex que él juzga trabajadas por el hombre (19). El capítulo numismático incluye: un sello o dije de acaso Fernando II de León (hacia 1181);

(16) Es posible que en la invasión napoleónica algún grupo de soldados franceses ocupara pasajeramente Aitzorrotz. En la visita pastoral del Obispo de Calahorra, Don Atanasio Puyal y Poveda, de 15 de julio de 1819, se indica la necesidad de blanquear las paredes de la Ermita «por haber en ellas varios letreros escritos en francés» (según consta en el Folio 141 del «Libro de Fábrica y Cuentas de la Parroquia de Bolívar-Ugazua»).

(17) La cita la da L. MICHELENA («*Guipúzcoa en la época romana*» cit., página 77).

La información de Capistou es posterior a la de Gorosábel. Se refieren ambas, al parecer, al mismo conjunto de excavaciones. La diversidad de detalle reside en la indicación del autor francés de tratarse de monedas de oro y de plata, y de hallarse acuñadas con el tipo de César Augusto. Nuestra duda se plantea así: ¿revisó Capistou personalmente los materiales que cita, recibió esos nuevos datos de sus descubridores o interpretó a su modo la simple noticia de Gorosábel, adornándola con detalles imaginarios? L. Michelena, que ha seguido cuidadosamente la pista a todos los posibles materiales romanos de la Provincia, confiesa no haber encontrado el menor indicio de los citados por Gorosábel-Capistou.

(18) L. RECA, «*El yacimiento de Aitzorrotz*» (Memoria LII. de la 38 sesión de la «Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria». Madrid, 1926).

(19) El conjunto de esos materiales líticos se ha perdido a excepción de una docena de piezas que revisé en 1964 en el Museo de Ciencias Naturales del Colegio del Pilar (Marianistas) de Madrid. Supongo que irían allí por donativo de H. Obermaier que habría examinado los objetos de Aitzorrotz y acaso se reservase los instrumentos de sílex en cuestión: y los donó a dicho Centro, junto a otros conjuntos de sus colecciones arqueológicas.

Las publicamos en el citado «*Sobre el yacimiento arqueológico de Aitz-Zorrotz*». páginas 99 a 101.

nueve monedas de plata (de en torno a los 19 mm. de módulo), una de ellas de Alfonso VIII, las demás de Fernando III, Alfonso X o Fernando IV; y cuatro de cobre (de módulos 17, 19, 20 y 20 mm.) de mala conservación y difícil lectura, excepto la con inscripción «...CAROLUS I...» de hacia 1538. Todo ello hoy perdido.

L. Reca opina sobre la cualidad cultural del yacimiento que «parece ya poderse deducir, por los trabajos realizados, que nos hallamos en presencia de restos prehistóricos de la edad paleolítica y de otros restos de la época llamada ibérica y de la romana y de monumentos de la civilización medieval. Tal es el parecer del Dr. Hugo Obermaier, a quien se le mandaron los primeros datos de los hallazgos realizados» (20).

Por nuestra parte hemos de subrayar que de la descripción de los materiales y de la detenida observación, en ausencia de las piezas originales, de sus reproducciones gráficas (bastante deficientes algunas) sólo podemos deducir la existencia de un conjunto de evidencias de la Edad Media y épocas más recientes; y de otras que corresponderían a un estadio prehistórico que habrá de concretarse. Creyendo que las alusiones de Reca a materiales ibéricos y romanos deben referirse a formas cerámicas de un falaz aspecto en tal sentido, pero que hoy han de asimilarse completamente a las producidas por la alfarería medieval de uso común.

Hace poco recogió don Cruz Abarrategui en superficie nuevos conjuntos numismáticos y algunas puntas de flecha de hierro; además, un hacha pulimentada de piedra, de aspecto eneolítico, en el camino de subida a Aitzorrotz, algo lejos de aquí, pasado el Caserío de Aguiriano. Del total de treinta y seis monedas que examinamos (21) ninguna es anterior al reinado de Felipe II, extendiéndose por la serie completa de los monarcas de la España Moderna y Contemporánea hasta Alfonso XII (de 1878); son monedas de escaso valor y suponemos que deben pertenecer a restos del fondo de limosnas que los devotos hayan ido depositando en la ermita de la Santa Cruz.

En ocasiones ha cundido la noticia de ser Aitzorrotz sede de un yacimiento de guarnición romana (22). A pesar de las alusiones a hallazgos de tal tipo por parte de Gorosábel-Capistou y de las interpretaciones de Reca no hay argumentos, hoy por hoy, suficientes para afirmarlo: ni la topografía del contorno era la más indicada para que aquí instalaran un establecimiento los romanos (23).

## II. LA EXCAVACION DE 1968

En esta I Campaña pretendíamos recoger una idea orientadora del relleno estratigráfico —y de la extensión del posible yacimiento— de la cumbre de Aitzorrotz. Mediante la realización de un sondeo hasta la roca de base.

(20) L. RECA. op. cit., página 258.

(21) Con el título «Informe sobre un conjunto de treinta y seis monedas recogidas en la estación arqueológica de Aitz-Zorrotz [Escoriaza, Guipúzcoa] por Don Cruz Abarrategui» las publicamos en la Revista «Munibe» (páginas 49 a 52 de los números 1-2 de 1963, San Sebastián).

(22) Así, por ejemplo, E. AZAROLA en «Crónica del Linaje» (Madrid, 1929, página 171).

(23) L. MICHELENA «Guipúzcoa...». pág. 175) argumenta con razón «se ve enseguida que las supuestas fortificaciones de época romana están situadas casi siempre en lugares inadecuados por su muy difícil acceso por lo que habrá que suponer en principio que se trata de fortalezas medievales o quizás, en algún caso, de castros prerromanos».

Como guía y control de nuestros trabajos se adoptó la organización de la cantera conforme al sistema de las coordenadas cartesianas trazadas a partir de una imaginaria línea que recorre la cumbre de Aitzorrotz, en su máxima longitud. en dirección aproximada Norte-Sur (exactamente orientada a 352°). Los tramos paralelos, de metro en metro, a esa línea O se designan por números impares los occidentales, y por pares los orientales; los tramos perpendiculares por letras.

En próximas campañas se realizará la planimetría acabada de la zona. Hemos trabajado en la excavación de una zona que comienza por el interior de la muralla que cierra el recinto y se interna hacia la línea O, en tres franjas de 2 metros de frente (Sondeos A, C y D). En concreto en los Cuadros 1Ñ, 10, 1P, 1Q, IR, 1S, 3R, 3O, 3P, 3Q, 3R, 3S, 5Ñ, 5O, 5P, 5Q, 5R, 5S, 7Ñ, 7O, 7P, 7Q, 7R, 7S, 9Ñ, 9O, 9P, 9Q, 9R, 11Ñ, 11O, 11P y 13Ñ (Véase la figura 1).

Con ello se ha puesto en evidencia una estratigrafía de la que presentamos dos cortes, longitudinal y transverso (figuras 2 y 3): que comentamos a continuación.

Se ha requerido la colaboración de especialistas para el estudio de concretas disciplinas abordadas en nuestra investigación: de los Dres. Pío Beltrán (Valencia) para Numismática y Sigilografía, y Micaela Portillo (Madrid) para Historia Medieval de la zona: del Lcdo. Jesús Altuna (San Sebastián) para el estudio de la Fauna. Debemos, también, agradecer aquí las sugerencias utilísimas de D. José Miguel de Barandiarán y de D. Fausto de Arcena.

### III. ESTRATIGRAFIA E INVENTARIO DE MATERIALES

La fauna recogida en los distintos estratos está siendo estudiada detenidamente; en su clasificación preliminar se incluyen tres especies: *Bos taurus* (vaca), *Sus scrofa* (cerdo) y *Ovis aries* (oveja), según clasificación de J. Altuna.

De arriba abajo, los estratos observados y los materiales recogidos son (vid. cortes de las figuras 2 y 3):

#### **Estrato a**

Lo integran tierras sueltas de color negruzco, correspondientes al manto vegetal superficial: en unos 25 cm. de espesor máximo. En él se recogieron muestras materiales de distintas épocas que, según el número general de inventario, son:

1 a 8.—Fragmentos de cerámica de pasta amarillenta clara y superficie con barnizado vidriado grueso, de color blanco, al estilo de la loza. El barniz cubre totalmente las superficies interiores de los recipientes (jarras de asa, cuencos o tazones) y sólo una franja externa junto a la boca (en una extensión de 19 a 22 mm.). El grosor normal de sus paredes oscila entre los 7 y 9 mm. Dos de estos fragmentos corresponden a asas. En alguno se observan restos de decoración en una pintura de tono azul devaído. Nos recuerdan a la loza popular vasca de los siglos XVIII-XIX.

9.—Un fragmento de cerámica vidriada (9 cm. de grueso), con gruesa capa de barniz por ambas caras, en color blanco-azulado. De aspecto semejante a los anteriores.

10.—Fragmento de cerámica vidriada (6,5 mm. de grueso): con barniz de color acaramelado por el interior, y más fino de tono verdoso-melado por fuera.

11.—Fragmento de cerámica de aspecto semejante a la anterior; pero carente de barniz por fuera, su vidriado interior es de tono sepia claro verdoso con ligera pátina de reflejo metálico (6 mm. de grosor).

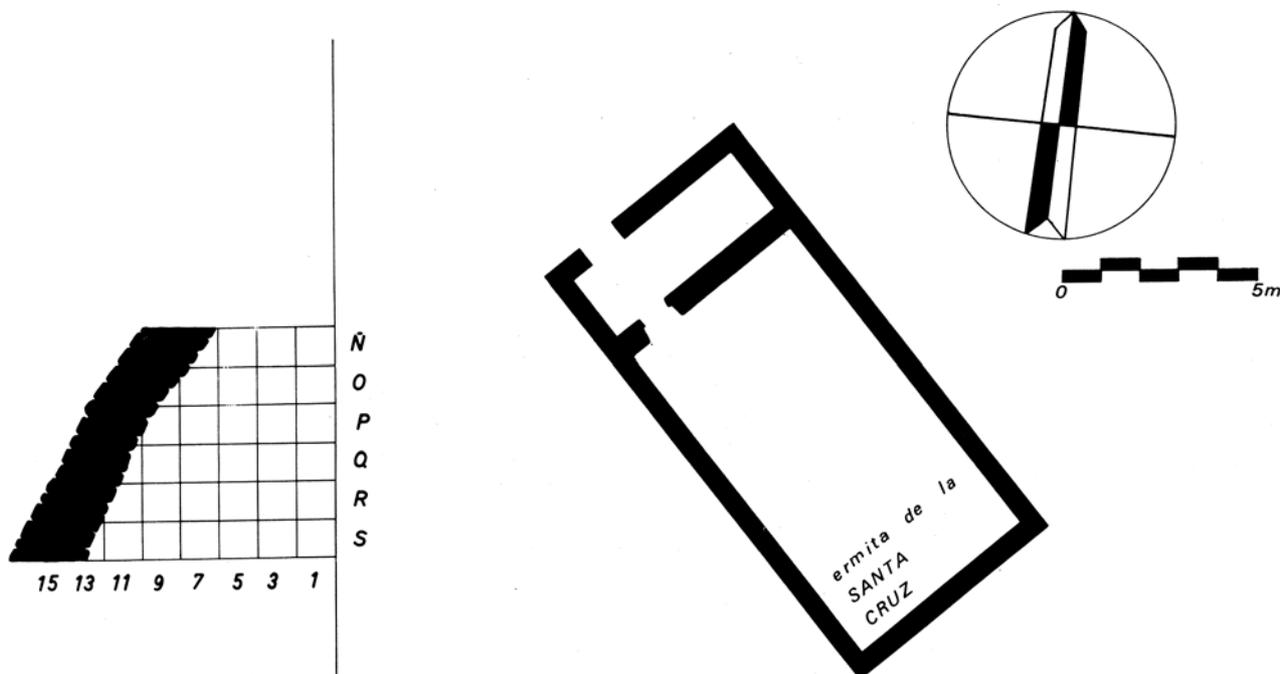


Fig. 1. Planta general de la zona prospectada. Se indica la situación del recinto de la ermita y la distribución del campo estudiado, conforme a la cuadrícula. En negro, a la izquierda de la superficie de prospección, se ha señalado el muro de cierre por ahí del recinto fortificado.

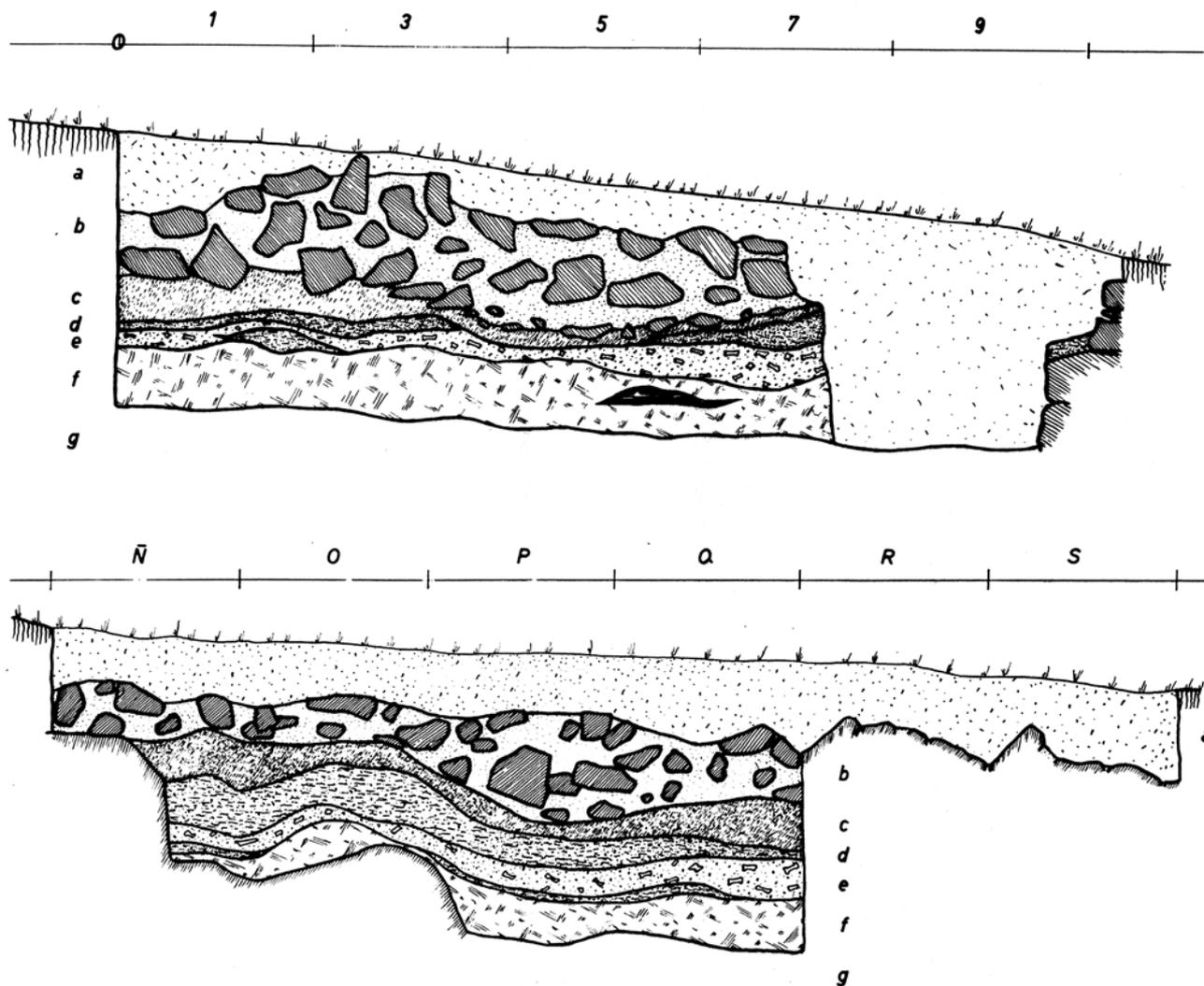
12.—Fragmento cerámico de vidriado de tono verde melado claro por fuera: asimilable a especies de época medieval (siglos XIV-XVI).

Procedentes de este estrato, en parte formado por tierras de remociones anteriores, hemos recogido testimonios de todas las variedades de cerámica vulgar medieval, que luego hallaremos en los estratos intactos inferiores. Haremos ahora una descripción más detenida de cada uno de los tipos señalables, lo que nos ahorrará su reiteración después (24).

13 a 30.—Fragmentos cerámicos correspondientes al tipo A. Son de pastas color ladrillo más o menos rojizo o amarillento; sus paredes, algo gruesas, oscilan entre los 7,5 y los 10,5 mm. de espesor; su cortex superficial, de mala calidad, se desprende fácilmente. No tienen traza alguna de pintura, barniz ni engobe. De los fragmentos citados de este Estrato a: uno, con inicio de umbo central, parece corresponder a una tapadera de vasija: otro es un borde acabado en labio grueso afinado, con un surco longitudinal limitándolo por fuera (fig. 5k). Una observación ligera de esta especie cerámica puede llevar a confusiones con algunas vulgares romanas; sin embargo, encaja con toda seguridad entre las de la Edad Media.

(24) La descripción de estos tipos cerámicos servirá de módulo a los que luego inventariemos: aludiendo entonces sólo al «tipo» que ahora exponemos.

Mientras no se indique nada en contrario se entiende que las cerámicas que iremos citando son fabricadas a torno y carecen de cualquier tipo de barniz, pintura o engobe.



Figuras 2 y 3. Cortes vértico-trasversal y vértico-longitudinal del yacimiento.

31 a 95.—Fragmentos de cerámicas del tipo B. De pasta color ladrillo, paredes bastante finas (entre 3,5 y 7 mm.), masa fina, compacta y bien cocida; ofrece, a veces, al interior, las marcas del girar en el torno.

96 a 104.—Son 9 fondos de ese mismo Tipo: bastante finos y rigurosamente planos, forman con las paredes de las vasijas ángulos más o menos obtusos (fig. 5: l, n, o, p).

105 a 141.—Fragmentos del tipo cerámico C. Corresponden a especies de paredes finas, de pasta de color oscuro y no muy depurada (con grano algo grueso); su superficie exterior suele estar ennegrecida tanto por haber sido sometida al fuego, como —en ocasiones— por una ligera capa de engobe de ese tono. Aunque los fragmentos recuperados sean minúsculos, creemos que deben corresponder a formas de pucheros globulares de cuello casi recto y con un par

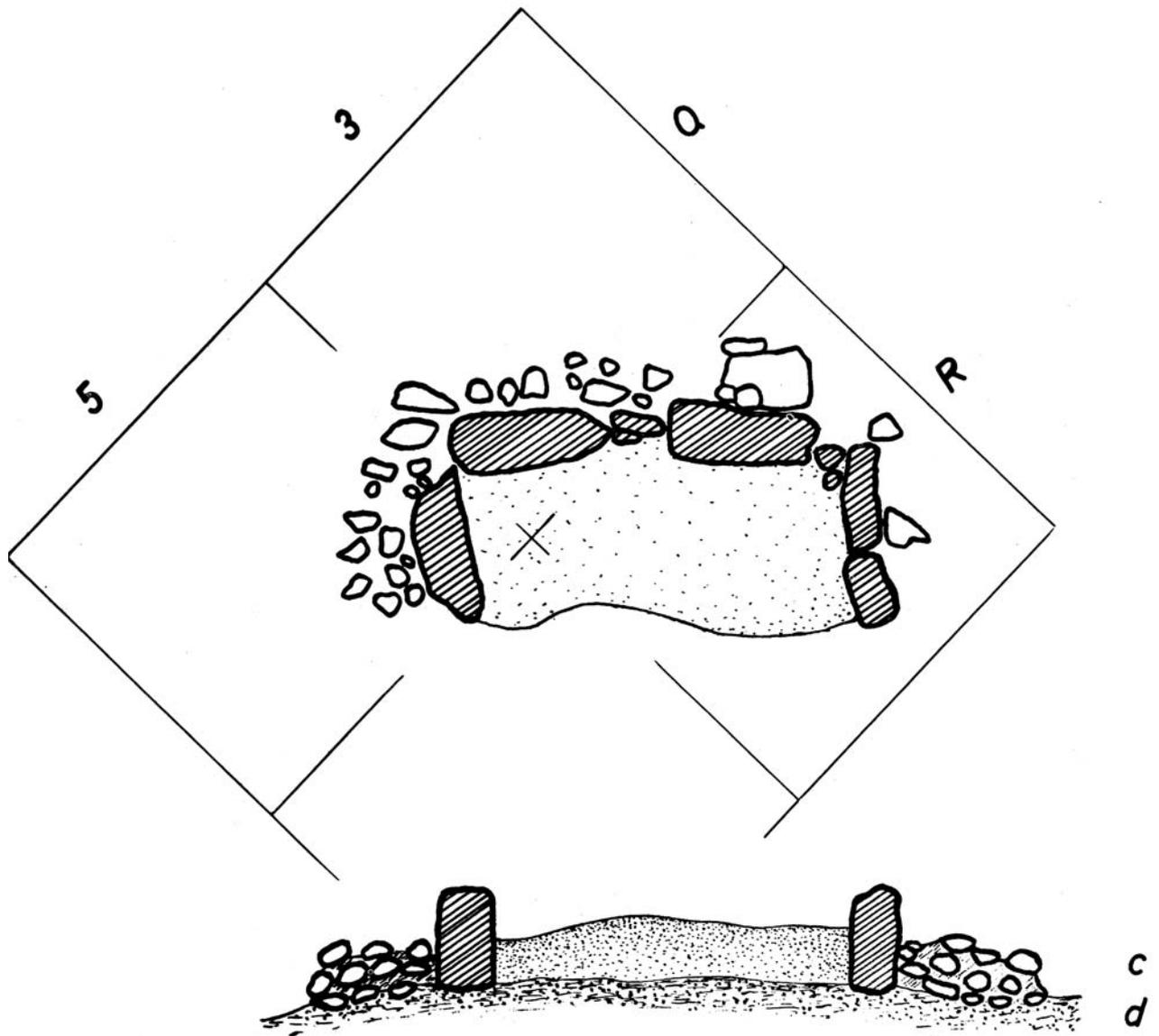


Fig. 4. Planta y alzado del «hogar» hallado dentro del estrato c, superpuesto al d.

de asas de cinta junto al borde: según los hemos hallado en un contexto correspondiente a los siglos XIII-XIV en las excavaciones de la Cueva de los Casares (en Riba de Saelices, Guadalajara).

142-143.—Fragmentos de fondos planos de ese tipo C (fig. 5m).

144 a 146.—Fragmentos de cerámica del tipo D: de la categoría del C, pero en pastas

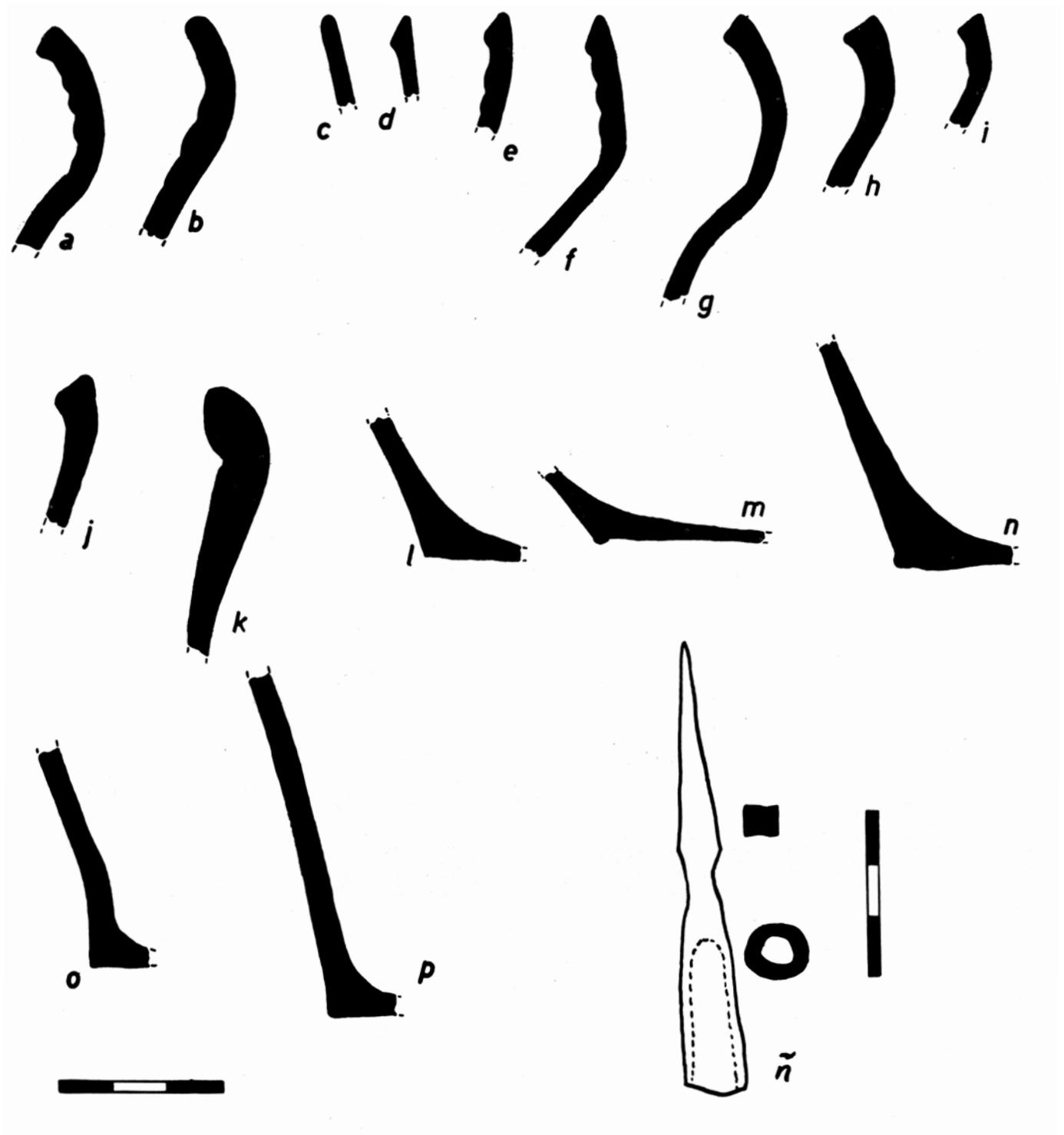


Fig. 5. Materiales cerámicos y punta de flecha de hierro (ñ) del estrato a, superficial revuelto.

algo más groseras.

147.—Fragmento de un asa de cinta, de pasta de color ladrillo claro (tiene 42 mm. de anchura, por 9 de grosor medio).

148 a 154.—Fragmentos de cerámicas finas (tipo E): de color ladrillo claro, en grosores en torno a los 5 mm.; muy bien cocidas; corresponden a bocas lisas (fig. 5: c, d, g, h, i, j).

155 a 158.—Fragmentos del mismo tipo, correspondientes a bocas de vasos que poseen en su cuello —sensiblemente recto— gallones horizontales regulares poco salientes (fig. 5 a, b, e, f).

159 a 162.—Fragmentos del mismo estilo, con gallones por el exterior.

163.—Fragmento de cerámica basta, a torno, con muy notable desgrasante en su masa (4,5 mm. de espesor).

164.—Fragmento de vidrio plano (3 mm. de grosor) transparente, con pátina intensa de antigüedad.

— Fragmentos abundantes de otros vidrios de aspecto ya reciente.

165 a 170.—Fragmentos de huesos animales que muestran señales (tres de ellos seguras, los otros posibles) de haber sido aguzados, dejándoles una extremidad como agarradero (el lado correspondiente a la articulación superior) y acabando la opuesta en punta más o menos aplanada, como espátula o cincel (figura 6 y lámina II a, b). Dos de ellos aprovechan un mismo metatarsiano de bóvido, hendido longitudinalmente.

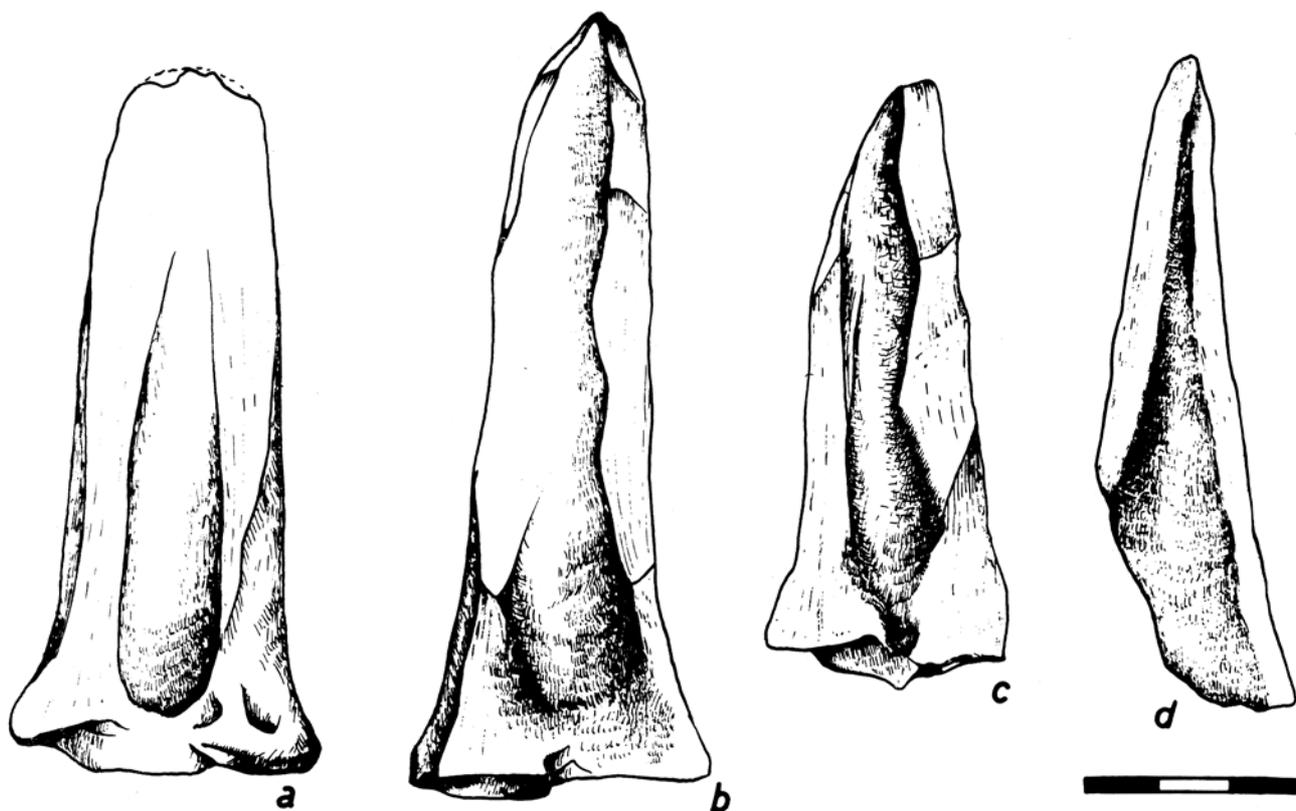


Fig. 6. Huesos recortados y aguzados del estrato a.

171.—Esquirla de hueso dudosamente recortada como rodaja circular.

172.—Moneda de cobre-bronce de 750 miligramos de peso, 17 mm. de módulo y 0,50 mm. de cospel. Según las determinaciones numismáticas que debemos a la amabilidad del Dr. Pío Beltrán para el conjunto todo de monedas medievales halladas en esta Campaña. su descripción sería: ALF...REX con busto coronado del monarca a izquierda, en el anverso; y CAS-TEL-LE, con castillo entre dos torres con cruz en el centro entre dos trazos cortos oblicuos, en el reverso. Corresponde a las series acuñadas por Alfonso VIII. Es mala su conservación.

173.—Moneda de bronce de 5,550 gramos de peso, 24 mm. de módulo y 2 mm. de grosor. PHILIPPVS en anagrama con letras enlazadas, en el anverso: REX en letras enlazadas coronadas, 1665, en el reverso. Corresponde a las series reselladas por Felipe IV en 1665. De regular conservación.

174.—Moneda de cuproníquel de 25 mm. de módulo, 1 de cospel, y 4,900 gramos de peso. En el anverso, un león estante teniendo el escudo de España, y la leyenda DOSCIENTAS PIEZAS EN KILOG. CINCO CENTIMOS; figura alegórica femenina en el reverso, con leyenda CINCO GRAMOS. 1870.

De regular conservación: es la normal acuñación de cinco céntimos, la «perra chica», de 1870.

175.—Moneda de cuproníquel de 8,950 gr. de peso, 30 mm. de módulo y 1,5 mm. de cospel. Son iguales los tipos del anverso y reverso a la moneda anterior. De sus leyendas, casi ilegibles, se puede observar el 1870 del reverso. Mala conservación: es la moneda de 10 céntimos de valor, acuñada en 1870.

A este conjunto debe adscribirse —por proceder de recogida en este manto superficial del relleno de la cumbre de Aitzorrotz— el grupo de monedas que ha recogido Don Cruz Abarra-tegui aquí mismo y que publicamos en 1963 (25). Las acuñaciones entonces determinadas correspondían a las series de la España Moderna y Contemporánea, de los siguientes monarcas y fecha de acuñación: dos monedas de Felipe II, cuatro de Felipe III (de 1601, 1609), una de Felipe IV (1626), una de Carlos II, tres de Felipe V (1741 y 1742), tres de Carlos III (1773, 1779 y 1787), cuatro de Carlos IV (1795, 1804, 1807), cinco de Fernando VII (sólo una con fecha segura: 1817), cinco de Isabel II (1843, 1844, 1861) y Alfonso XII (una moneda, de 1878).

176 a 198.—Veintitrés flechas de hierro (de ellas, dos son fragmentos sólo) correspondientes a un único tipo uniforme: puede verse un ejemplar-modelo en la figura 5ñ, y parte del conjunto en la lámina I. Las puntas de flecha se hallan integradas por dos partes diferenciadas: la cabeza, maciza y de sección cuadrada que se aguza notablemente en su extremidad distal (posee entre 37 y 50 mm. de largo; y un grosor máximo de sección de unos 7,5 mm.); y el tallo, de sección cilíndrica hueca, en el que se insertaría el astil de madera (esta parte de la punta de flecha mide, por término medio, 25 mm. de largo; su sección, en las mayores, es de 13 mm., siendo en las normales de 8 a 10 mm.). Es posible que la intrusión del astil en el hueco o cubo de la punta de flecha emplease —como elemento intermediario— un clavo o espiga metálica (como parece observarse en alguna de las puntas halladas, ya in situ, en los estratos inferiores del yacimiento).

199 a 212.—Diversos fragmentos de objetos de hierro: uno de herradura, once de clavos (sólo uno puede con seguridad adscribirse a la Edad Media), una contera metálica y una cadena de aspecto reciente.

(25) «Informe sobre un conjunto..».

**Estrato b**

Corresponde a un nivel integrado por masas de bloques y pedruscos de tamaño medio y grande, revueltos con tierras sueltas que no producen la impresión de proceder de ocupación humana. El grosor del estrato alcanza en algunos lugares los 50 cm. de espesor. Entre los mayores pedruscos destacan algunos grandes bloques de arenisca (llega uno a medir 80 cm. de longitud máxima) adecuadamente escuadrados y con restos adheridos de masa de mortero (de cal y arena); deben corresponder a alguna construcción derruida. El estudio de la inclinación de los mayores nos hace pensar que la caída de la pared o cimentación que formasen hubo de realizarse en una dirección Sudoeste a Nordeste.

El estrato b puede separarse en dos subniveles. El superior, integrado por pequeñas piedras informes, calizas, sin señal alguna de mortero de unión. El inferior, en el que se incluyen los bloques areniscos escuadrados a que antes nos referíamos. Pensamos, por ello, hallarnos en presencia de los restos del hundimiento de algunas construcciones (acaso con una parte baja de sillería; y una terminación de las paredes con piedras sueltas acumuladas, cubierto todo por vigas de madera y techumbre de teja —cuyos restos hallamos en relativa abundancia; extremos que habrá que comprobar en futuras excavaciones); correspondiendo, por ello, a la fase posterior al abandono casi total de la cumbre como lugar de habitación, de modo que resultan muy escasos los hallazgos de materiales.

213 a 216.—Fragmentos de cerámica del tipo A, de menor grosor (5 a 6 mm.).

217.—Un fragmento de fondo plano de esa misma clase (fig. 7, c).

218 a 232.—Fragmentos de cerámica del tipo C.

233-234.—Dos bordes finos de cerámica de pasta de color amarillento (fig. 7 a, b).

235.—Esquirla de hueso dudosamente aguzada.

236.—Clavo de 60 mm. de largo, de sección cuadrada: de hierro (fig. 7 e).

237.—Un remache metálico, al parecer de una aleación de cobre (fig. 7 d).

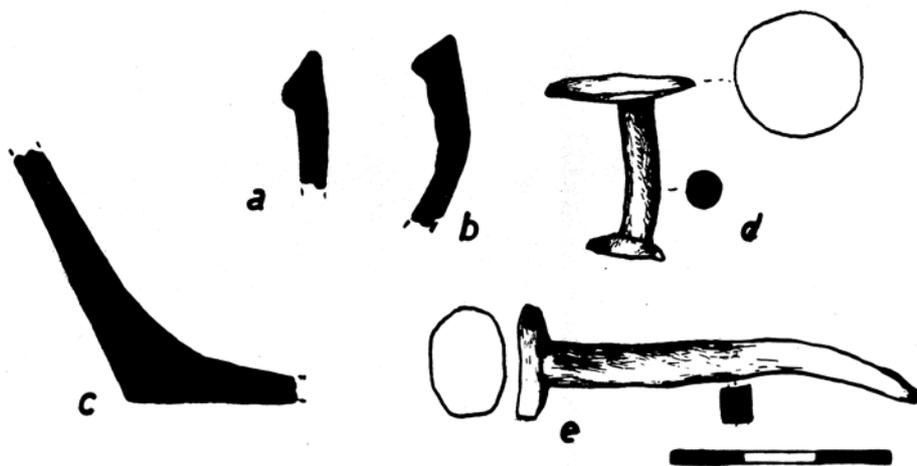


Fig. 7. Fragmentos cerámicos, remache (d) y clavo de hierro (e) del estrato b.

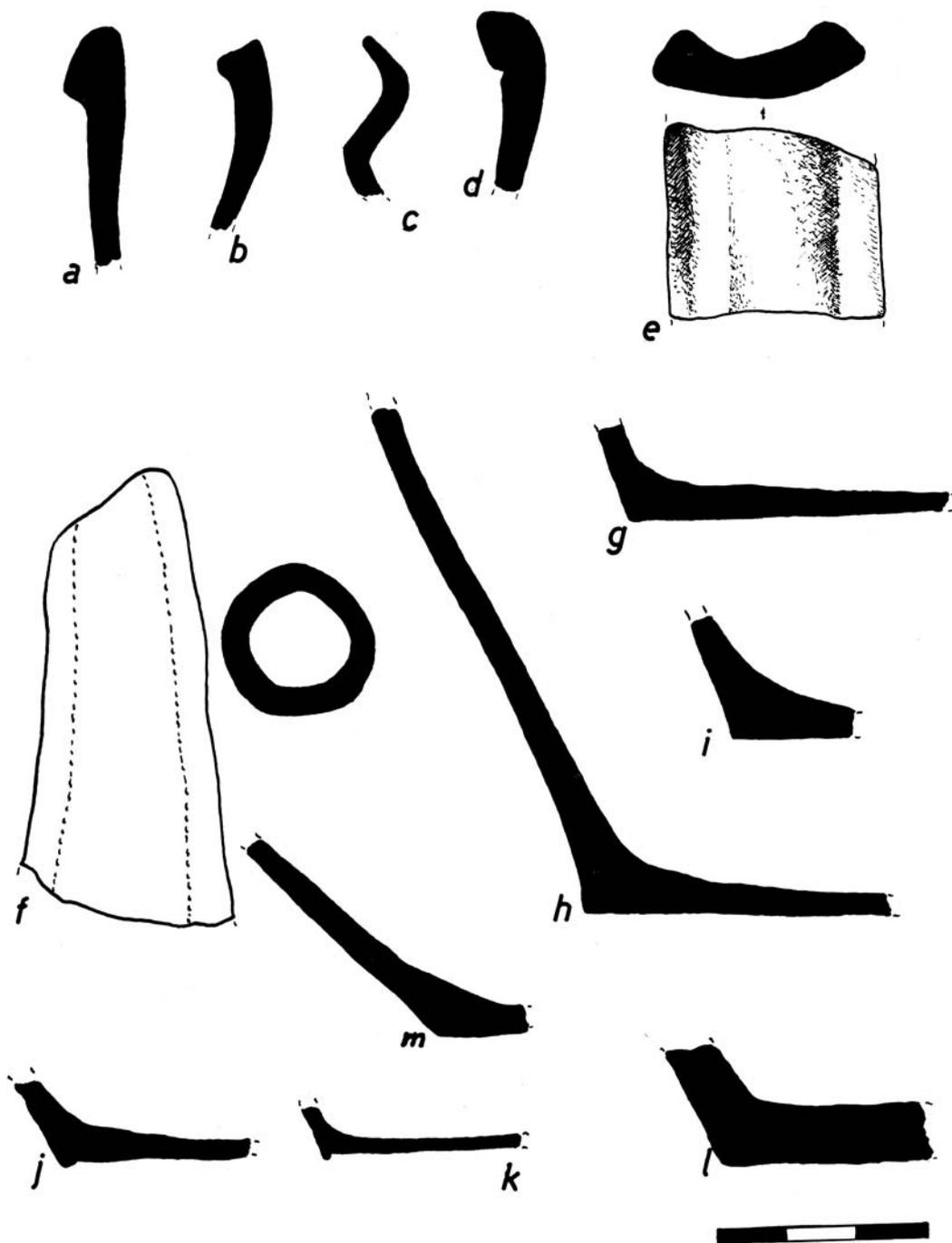


Fig. 8. Fragmentos cerámicos del estrato c.

**Estrato c**

Nivel de 35 cm. de espesor medio, formado por tierras negruzcas, con pequeños fragmentos de carbón, huesos animales y alguna piedra pequeña en su masa. Llega a —110 cm. en los lugares más someros, y a —125 en los más profundos. Se muestra especialmente uniforme y claro en los cuadros IR y 3R. Es un estrato intacto, correspondiente a una ocupación en la Edad Media certificada por algunas claras evidencias arqueológicas. Las zonas inferiores del estrato (así en 7R) muestran señales de fuerte cremación, que acaso testimonie el incendio de las estructuras constructivas de maderamen pertenecientes a un anterior momento de ocupación del recinto.

En los Cuadros 3R, 5R, 3Q y 5Q hallamos restos de un hogar (parcialmente destrozado por una trinchera antigua) de forma rectangular, cuya descripción haremos más adelante (figura 4).

El inventario de materiales de este estrato incluye dos objetos:

238 a 244.—Fragmentos de cerámicas del tipo A.

245.—Pitorro cilíndrico de 71 mm. de largo, en cerámica de pasta rojiza (figura 8f).

246.—Fragmento de asa de cinta, en cerámica de la misma calidad que el tipo A, de 31 mm. de ancho por 6 a 8 de grosor (fig. 8e).

247.—Borde cerámico semejante al de la figura 5k (fig. 8d).

248.—Borde del mismo tipo, pero más fino de grosor y pasta (fig. 8c).

249 a 298.—Medio centenar de fragmentos cerámicos del tipo B.

299.—Un borde cerámico de esa misma clase (fig. 8b).

300 a 312.—Fragmentos cerámicos de fondos de ese tipo (figura 8: g, h, i, l, m).

313 a 354.—Fragmentos cerámicos lisos del tipo C.

355 a 359.—Fragmentos de fondos de ese mismo tipo cerámico (fig 8 j, k).

360.—Un borde cerámico, de pasta semejante al estilo o tipo B, pero más grueso (fig. 8a).

361 a 366.—Fragmentos de cerámica de pasta y calidad semejantes al tipo C, con ligeros surcos incisos finos paralelos en la cara exterior.

367 a 369.—Fragmentos cerámicos del tipo E, con gallones horizontales en la cara exterior.

370 a 374.—Fragmentos de cerámicas de pasta muy depurada, sin barniz, de superficies cuidadosamente alisadas: 4 mm. de grosor.

375 a 387.—Clavos de hierro de sección cuadrada y cabeza en «T» (tipos ejemplares en las figuras 9e y f): los menos largos pueden ser empleados en herrar animales (pues uno de ellos se encontró en el cuadro 3R adherido a un fragmento de herradura).

388 a 394.—Clavos de hierro de sección cuadrada gruesa (hasta 7 mm.) y cabeza circular grande (tipos de las figuras 9 g y h).

395.—Grueso clavo de hierro de 9 mm. de sección máxima y cabeza troncocónica: acaso perteneciente a la clavazón de vigas o tablonés.

396.—Fragmento de pequeño clavo de hierro.

397.—Un cincel o escoplo de hierro roto por su extremidad proximal: tiene su filo o corte 21 mm. de anchura, siendo la anchura normal de su cuerpo de 12 mm. (y 4,5 los mm. de su grosor). (Fig. 9a y lámina III b).

398.—Una plaqueta rectangular de hierro (dimensiones en milímetros: 48x18x5) con dos perforaciones circulares alineadas en su parte central (fig. 9b).

399 a 413.—Quince flechas de hierro del tipo normal representado, como ejemplo, en la fig. 5ñ y en la lámina I. Una de ellas conserva insertado en el cubo de la base un vástago puntiagudo metálico que pudo servir para su mejor ensamblaje en el correspondiente astil.

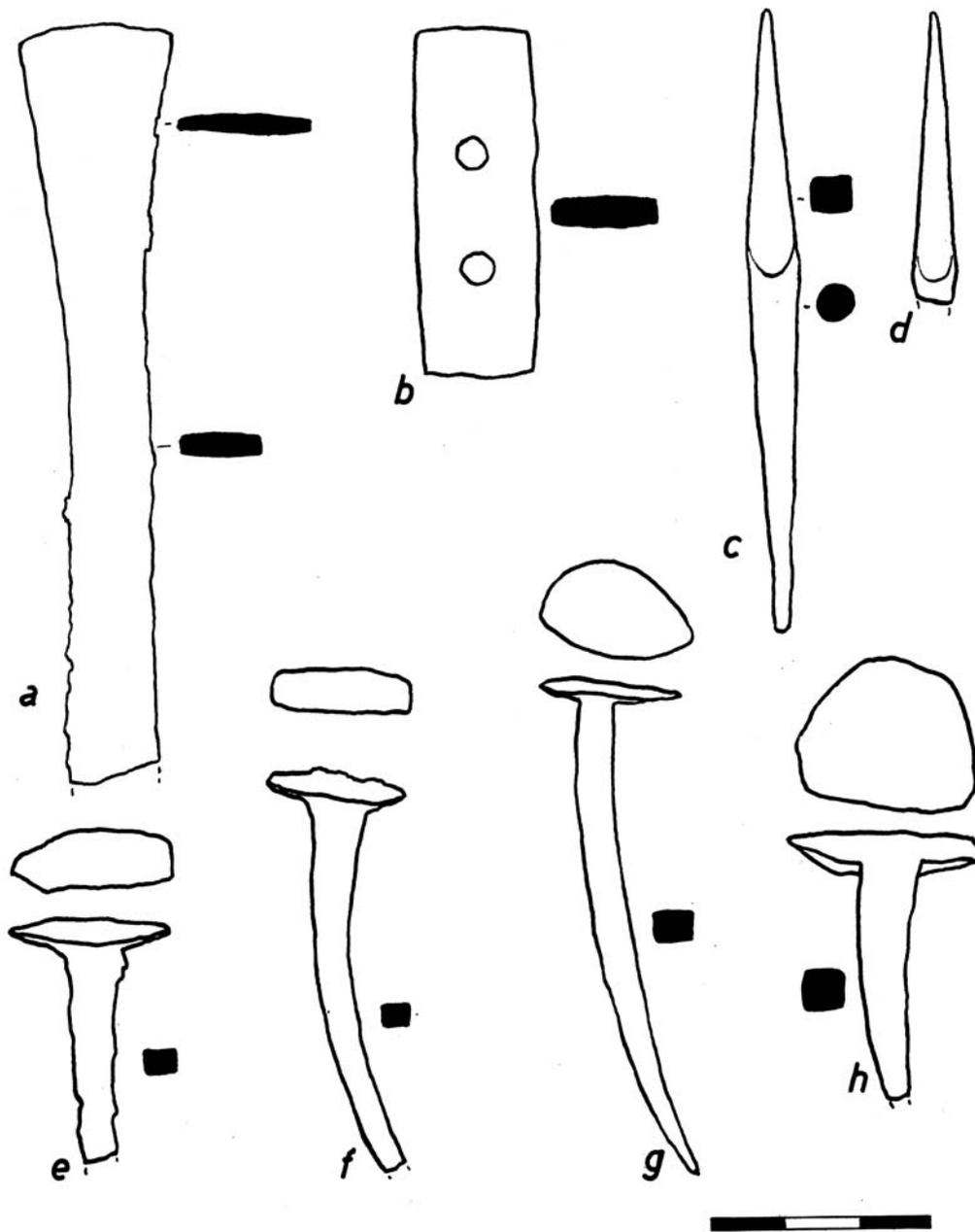


Fig. 9. Piezas de hierro del estrato c. Escoplo (a), puntas de flecha (c,d), clavos (e, f, g, h)

414-415.—Fragmentos del mismo tipo de punta de flecha de hierro.

416-417.—Puntas de flecha de hierro de tipo distinto: son piezas totalmente biapuntadas, delgadas y largas: su extremo distal es de sección cuadrada, el proximal —o base— circular. Alcanzan una longitud de 85 mm. y un máximo grosor, en el centro, de 6,5 (fig. 9c, d).

418.—Tira de hierro delgada doblada en sus extremos, hacia adentro.

419.—Pieza de bronce trabajada con cuidado, cincelada formando motivo decorativo. Parece corresponder (pues ha perdido casi su mitad) a la empuñadura o gavilanes de una espada corta, espadín o puñal. Remata en una figuración de bellota (fig. 10 y lámina VI).

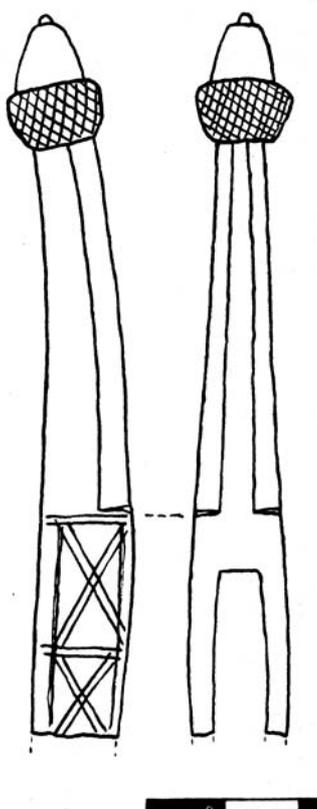


Fig. 10. Empuñadura de espadín del estrato c.

#### En el tramo inferior del estrato c

420.—Piececita de bronce (con gran proporción de cobre) correspondiente sin duda a un cierre de ropa. Posee sendas perforaciones en sus extremos y, por una de sus caras, una decoración cincelada en serie de 0 enmadejadas. Su grosor no llega a 1 mm.; tiene 4 de anchura y, completa, su longitud alcanzaría los 36 mm. (lámina IV).

421.—Sello en bronce, en negativo, de excelente conservación: debía utilizarse para imprimir en lacre o cera. Posee por su parte posterior una orejeta plana perforada que serviría tanto para llevarle suspendido como para su mejor agarre. Mide 34,5 mm. de largo.

El sello se inserta (adoptando el contorno general) en una estructura cuatrilobulada combinada con un cuadrado: cenefa ésta que va grafilada. El emblema central representa el escudo de los Caballeros de la Orden de la Banda, que fundara Alfonso XI en 1330 en la Ciudad de Vitoria. Y en torno lleva la leyenda, iniciada por una cruz:

SIDARPEREÇDALDAPE (fig. 11) en caracteres unciales algo toscos; que pudiera ser interpretada —con alguna duda— como «Si (gillum) d(e) Ar(nalt) Perez d(e) Aldape». Acaso corresponda a alguno de los alcaides de Aitzorrotz: en cualquier caso, las investigaciones en los archivos y protocolos de Guipúzcoa, Alava y Navarra podrán aclarar la personalidad de ese Caballero (26). (Véase en la lámina VII el original; y en la VIII una impronta, ya en positivo, obtenida con dicho sello).

† S I D A R P E R E Ç D A L D A P E

Fig. 11. Trascripción de la leyenda del sello de bronce, del estrato c.

422.—Una espira de cobre.

423.—Una hebilla de metal blanco (¿plata?), de 37 mm. de longitud máxima (lámina Vb).

(26) Aunque en vías de estudio, indicaremos algunas noticias complementarias sobre esta pieza.

El relato sobre la circunstancia concreta de creación de la Orden de la Banda por Alfonso XI, y la descripción de su emblema, se recogen detalladamente en la Crónica de ese monarca (en el capítulo C que trata «De cómo el Rey estando en Burgos a su merced, los procuradores de la Confradía de Alava, omes Fijos-dalgo et Labradores con procuración de todos los otros dixieron al Rey que le querían dar el Señorío de Alava», de la *Crónica de D. Alfonso el Onceno de este nombre de los Reyes que reynaron en Castilla y en Leon*: en 2.<sup>a</sup> edición por F. JORDA y RICO, Parte I, Madrid, 1787, páginas 178-179), diciendo sobre el hábito de la Orden que «...los paños que fueron fechos para esto eran blancos et la banda prieta... Et era la banda tan ancha como la mano, et era puesta en los pellotes, et en las otras vestiduras desde el hombro izquierdo hasta la falda: et estos llamaban los Caballeros de la banda...». Don Fausto de Arocena (erudito Archivero de la Diputación Provincial de Guipúzcoa) en amable carta nos insiste en el carácter más bien navarro del nombre Arnalt; pensando, del apellido, que pudiera ser navarro aunque la forma habitual allí no es Pérez sino Périz.

En cuanto al antropo-toponímico «de Aldape», señala el «Diccionario...» de P. MADDOZ (s. v. «Aldape») sólo dos lugares así denominados, ambos en Vizcaya: el uno, casa solar y armera del ayuntamiento de Galdácano; barriada del ayuntamiento de Elorrio, en la cofradía de Gazeta, el otro.

Don Manuel de Lecuona me informa de la existencia de un caserío de Aldape en Baliarrain (Guipúzcoa).

Martín Aldape, Martín Pérez de Aldape y Juan Pérez firmaron en 1353 las treguas de Abendaño en Bilbao: Pedro Aldape, en 1366, las de Basurto (según J. C. DE GUERRA en «*Oñacinos y Gamboinos*», San Sebastián, 1930, página 21).

424.—Un aplique seguramente de ropa, en chapa de bronce. Está trabajado con labor calada y posee cuatro perforaciones en sus extremidades (lámina Va; en la figura 12 una reconstrucción de la pieza completa con sus motivos decorativos).

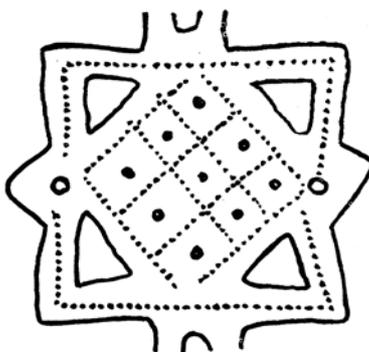


Fig. 12. Reconstitución del aplique de ropa, en chapa, del estrato c.

425.—Una moneda de cobre (clasificada, como las siguientes, por Don Pío Beltrán), o vellón: de 0,740 gr. de peso, 18,5 mm. de módulo y 0,4 mm. de cospel. Es mediana su conservación. Se trata de una moneda acuñada por el Rey Fernando IV de Castilla (lámina IX b). En su anverso tiene un castillo coronado de tres torres, en gráfila (con una T debajo: correspondiente a la ceca Toledo) y la leyenda F. REX. CASTELLE. En el reverso, un león a izquierda, en gráfila, y leyenda ET. LEGIONIS.

426.—Moneda de vellón de 0,8 gramos de peso, 19 mm. de módulo y 0,4 mm. de cospel. Conservación regular; acuñada por Alfonso XI (lámina IX a). En el anverso un castillo coronado de tres torres, dentro de un cuadrado (dentro de la puerta del castillo, T: de Toledo) y la leyenda ALF-REX-CAS-TEL-LE (apareciendo las A y L de ALF ligadas). Un león rampante a izquierda, en cuadrado, y la leyenda ET LE-GIO-NIS en el reverso.

427.—Moneda de cobre o vellón de 0,850 gr. de peso, 18 mm. de módulo y 0,5 mm. de cospel; acuñada por Alfonso X, es de mala conservación. Posee en su anverso tipo de castillos y leones cuartelados. Y en el reverso la leyenda, distribuida en cinco hileras: ALF / REX CAS / TELLE / LEGIO / NIS.

428.—Moneda de vellón muy mal conservada pudiendo corresponder a las acuñaciones de la última época de Alfonso X: 0,870 gramos de peso, 19 mm. de módulo y 0,5 de cospel. Hay en su anverso un castillo en orla de ocho lóbulos y la leyenda MONETA CASTELLE; en su reverso, un león rampante a izquierda en orla de siete lóbulos y la inscripción ET-LEGIONIS.

### Estrato d

Es un nivel formado por masa de mortero de cal y arena, con un grosor medio de 7 cm. (en el Sondeo D alcanza los 18 cm. de máximo espesor: su superficie, en 7R y 7S, se halla a —181). Debe corresponder a un pavimento o revestimiento de suelos. En el Cuadro 10 dentro de ese «suelo» se desarrolla una conducción de sección rectangular, posiblemente para el paso de las aguas. No ha proporcionado tal estrato, como es lógico, materiales de industria humana.

### Estrato e

Lo forman tierras oscuras —con pedacitos de carbón en su masa— procedentes de ocupación humana. En algunos lugares se puede señalar, rompiendo su homogeneidad de estructura, un tramo de tonalidad especial que haría subdividir el nivel en tres Subestratos:  $e^0$  y  $e^2$  (correspondientes a la masa normal de su composición) y  $e^1$  (que es ese que se intrusión). Así:

$e^0$  y  $e^2$ : tierras sueltas oscuras, de color ocre-sepia negruzco, con trozos de pequeños carbones en su masa y abundantes restos óseos animales. El  $e^2$  llega a alcanzar los 25 cm. de espesor.

$e^1$ : tierra compacta, limpia, de color rojo intenso; correspondiente sin duda a zona sometida a muy fuerte calcinación: sin apenas, restos óseos o cerámicos. Su existencia sólo se observa con claridad en el Cuadro 7S y en el tercio meridional del 7R (en su mayor espesor alcanza los 8 cm.): puede corresponder a una zona de hogares.

En el Cuadro 1S se profundiza hasta —265 cm.: se comprueba que el último estrato fértil de la secuencia arqueológica de Aitzorrotz (en un sentido cronológico, el primero: al menos, en esta zona de la cumbre) es el e. En el e, indistintamente a los tres subestratos señalados, se recogieron los materiales:

429 a 488.—Fragmentos de cerámicas de color negruzco y pasta basta, de unos 5 mm. de espesor: de ellos, hay tres trozos bastante más finos (3,5 mm.).

489.—Un borde de ese mismo tipo cerámico (fig. 13b).

490-491.—Dos fondos de lo mismo (figuras 13 i, j).

492 a 536.—Fragmentos de cerámicas de grosor mediano y pasta color ladrillo.

537 a 542.—Media docena de bordes de este tipo (figuras 13: a, c, d, e, g).

543 a 552.—Fragmentos de cerámicas de color ladrillo, del tipo A.

553-554.—Dos bordes de ese tipo (fig. 13 f).

555 a 569.—Fragmentos de cerámica de pasta color ladrillo, de unos 7 mm. de espesor, con su superficie finamente alisada.

570-571.—Fondos de ese tipo cerámico (fig. 13h).

572-573.—Fragmentos de cerámicas no a torno, con desgrasante notable; conservan, en superficie, señales del paso de dedos y en su cara exterior huellas de espatulado (su grosor de paredes es de 6 mm.). Son de indudable procedencia prehistórica.

574.—Un fragmento de vidrio plano, patinado: de 3 mm. de grueso.

575-576.—Dos puntas de flecha de hierro (figuras 13k y l).

577.—Una azuela completa de hierro, de 14 cm. de largo (figura 14 y lámina III a).

578 a 582.—Fragmentos de objetos aplanados de hierro, de imposible determinación.

Concretamente al *subestrato e'* pertenecen los:

583.—Un hueso (metatarsiano de Bóvido) recortado acaso intencionadamente en media

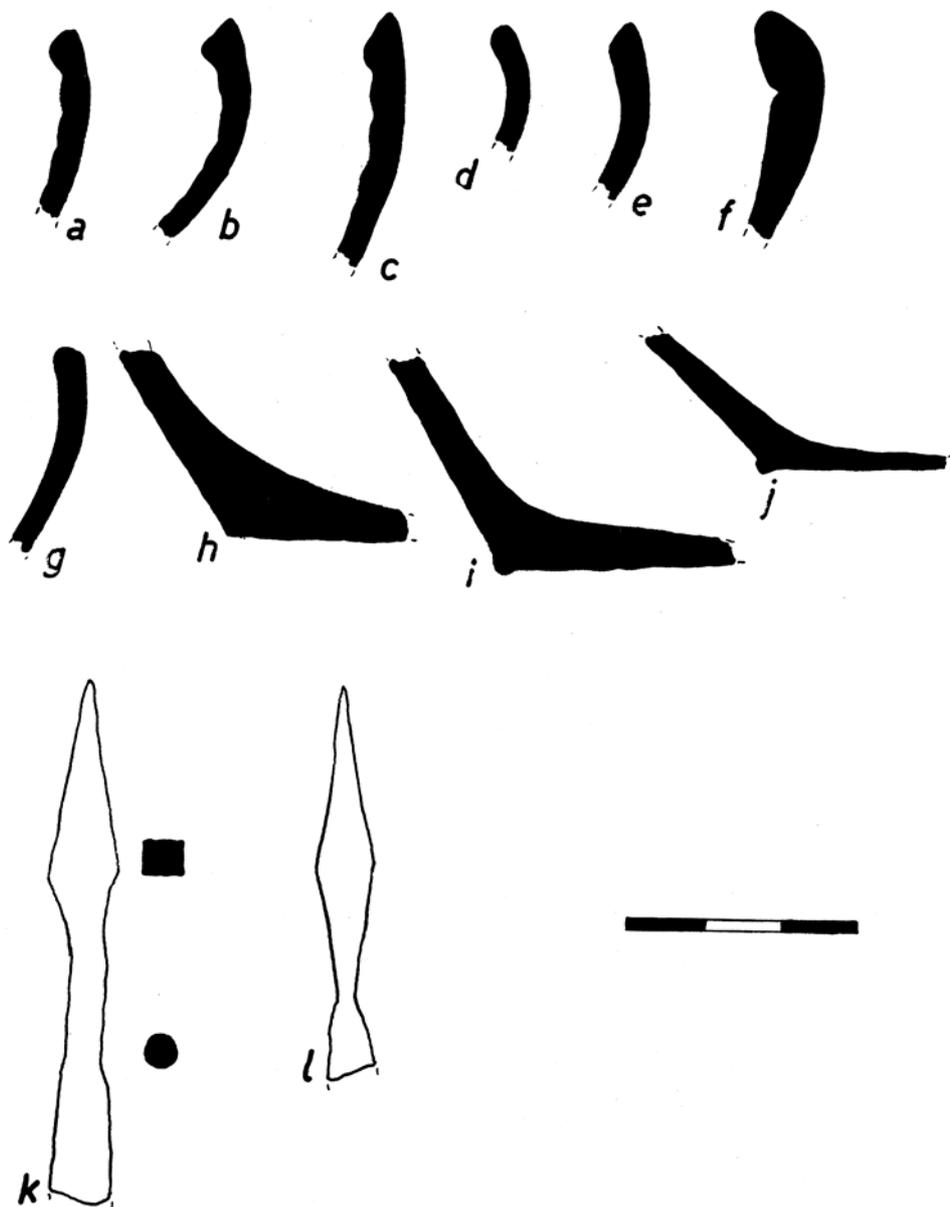


Fig. 13. Materiales del estrato e.

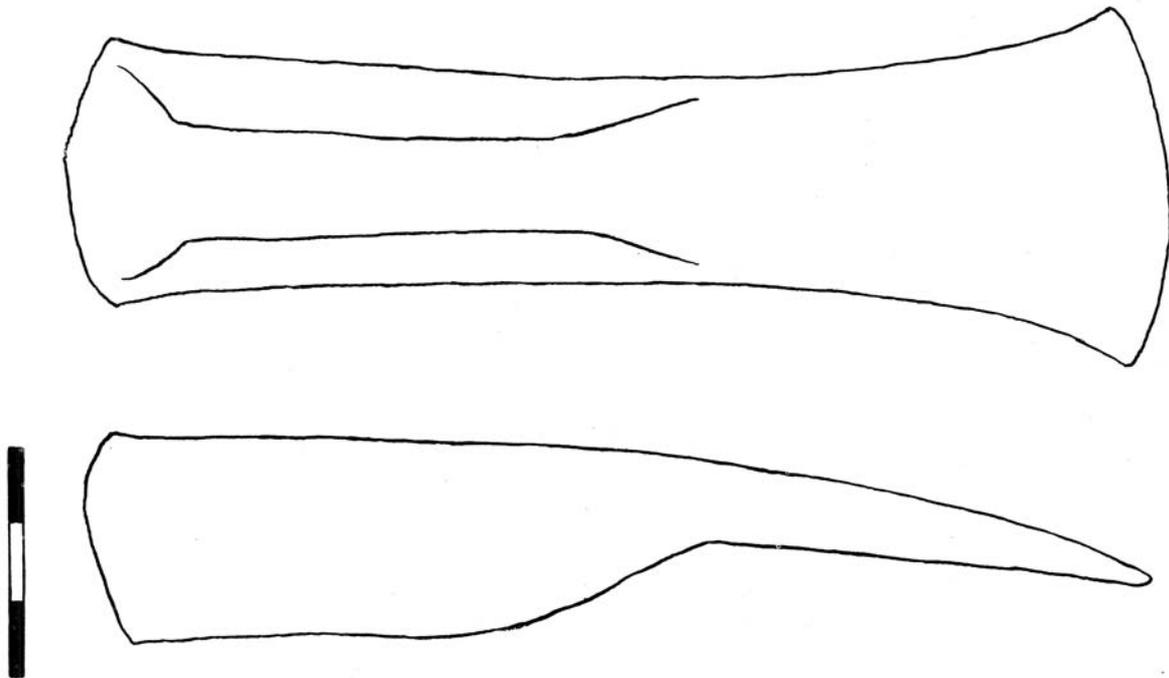


Fig. 14. Azuela de hierro del estrato e.

caña (fig. 15a).

584 a 586.—Fragmentos de cerámica negruzca de aspecto medieval.

587.—Un fondo del mismo tipo cerámico.

588.—Media herradura de hierro (fig. 15b).

Y al substrato e<sup>2</sup>:

589 a 621.—Fragmentos de cerámica del tipo C.

622-623.—Dos bordes de lo mismo (seguramente de formas de puchero). (Figs. 16 g, j).

624 a 626.—Tres bordes de lo mismo; pero éstos con estrías por el exterior (figuras 16:

a, e, f).

627-628.—Fragmentos de fondos cerámicos de ese mismo tipo (fig. 16 m, o).

629 a 660.—Fragmentos cerámicos de pastas finas de color ladrillo (en grosor de 3 a 4 mm.).

661 a 665.—Bordes estriados de lo mismo (figuras 16: b, c, d, i, l).

666.—Fondo correspondiente a esa misma especie (fig. 16ñ).

667 a 692.—Fragmentos de cerámicas gruesas (6 mm.) de color ladrillo.

693-694.—Dos bordes de ese tipo (fig. 16 h, k).

695.—Un fondo de cerámica de esa misma clase (fig. 16n).

696 a 705.—Una decena de fragmentos cerámicos del tipo A. (Uno de ellos posee una perforación: es trozo rigurosamente plano).

706-707.—Dos fragmentos de cerámicas prehistóricas: no a torno, lisas y con notables desgasantes en su pasta (su grosor: 7 mm. y 5,5 mm.).

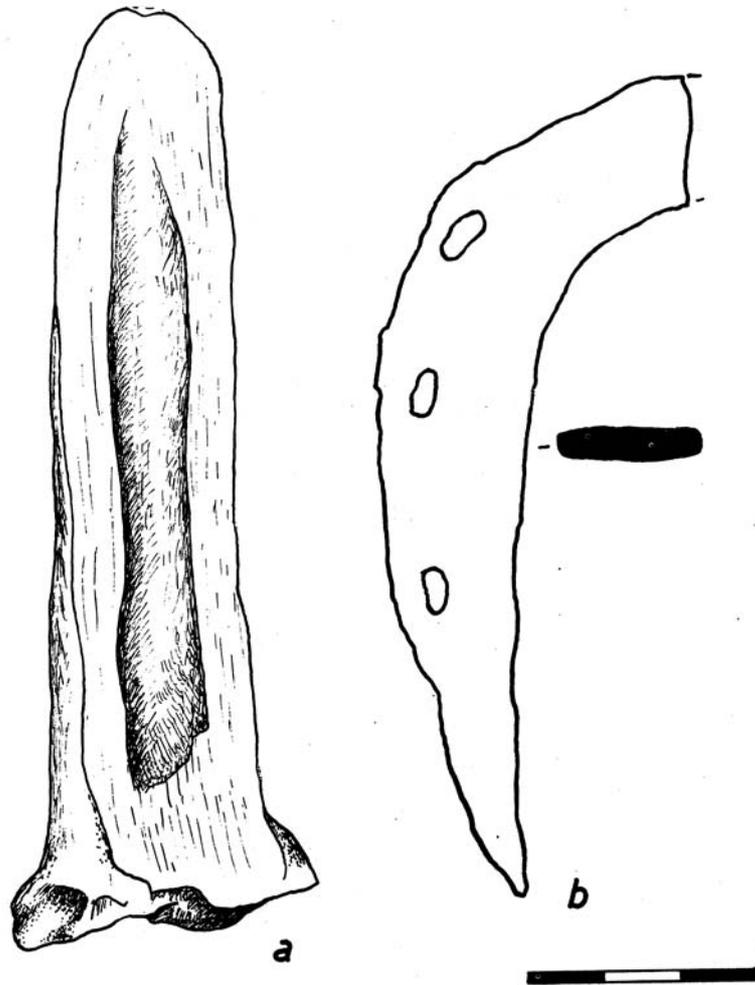


Fig. 15. Hueso recortado y herradura de hierro del estrato e.

708-709.—Fragmentos informes de hierro.

710.—Una punta de flecha del tipo habitual.

711-712.—Dos huesos animales (uno es de metatarsiano de Bóvido) preparados en forma de media caña, por recorte longitudinal (fig. 17a y lámina II c).

713.—Otro hueso (en tibia de Bóvido) de más dudosa preparación (fig. 17b y lámina II d).

#### Estrato f

Es nivel de arcillas amarillentas, compactas y estériles, que debe corresponder al que preceda a la roca viva natural del alto de Aitzorrotz. Se evidencia en varios de los lugares en que se practicó una trinchera en la última guerra civil. En otros lugares (como en el Sondeo D) bajo el estrato e aparecen ya inmediatamente gruesos bloques de piedra caliza que corresponderán al suelo natural de la cumbre de este monte.

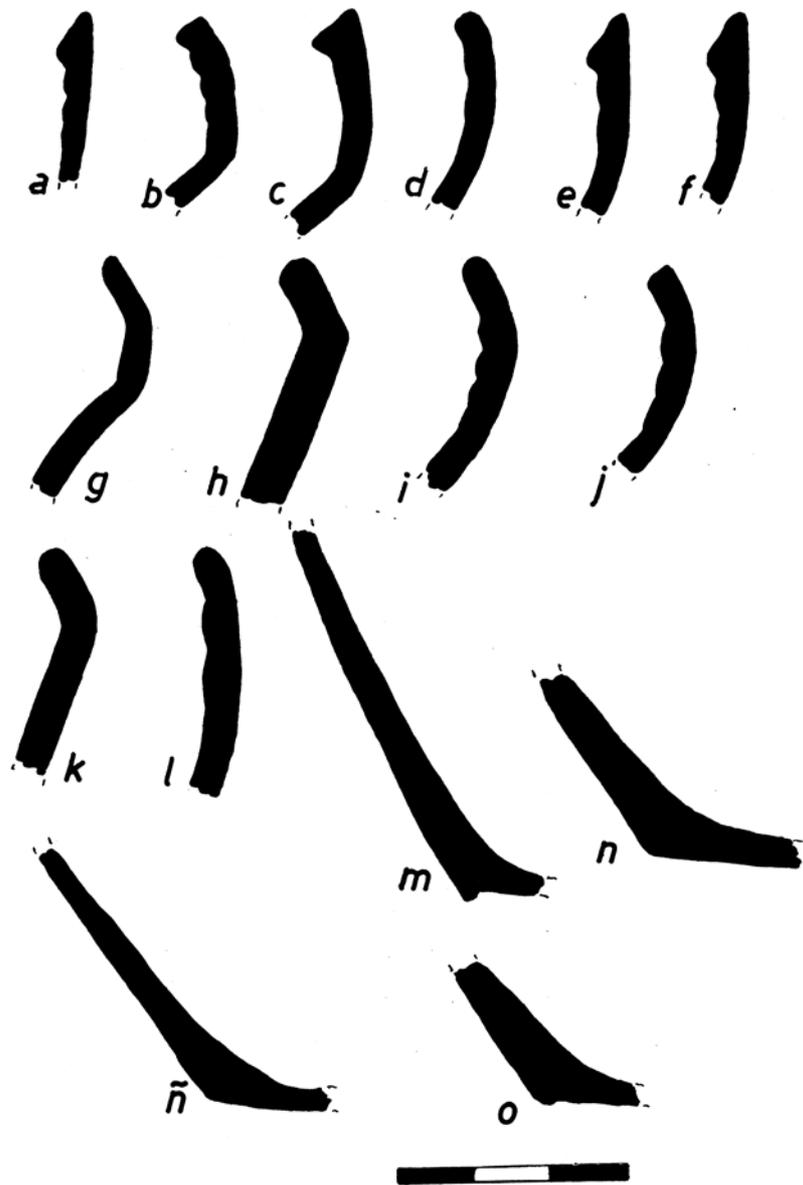


Fig. 16. Cerámica del estrato e<sup>2</sup>.

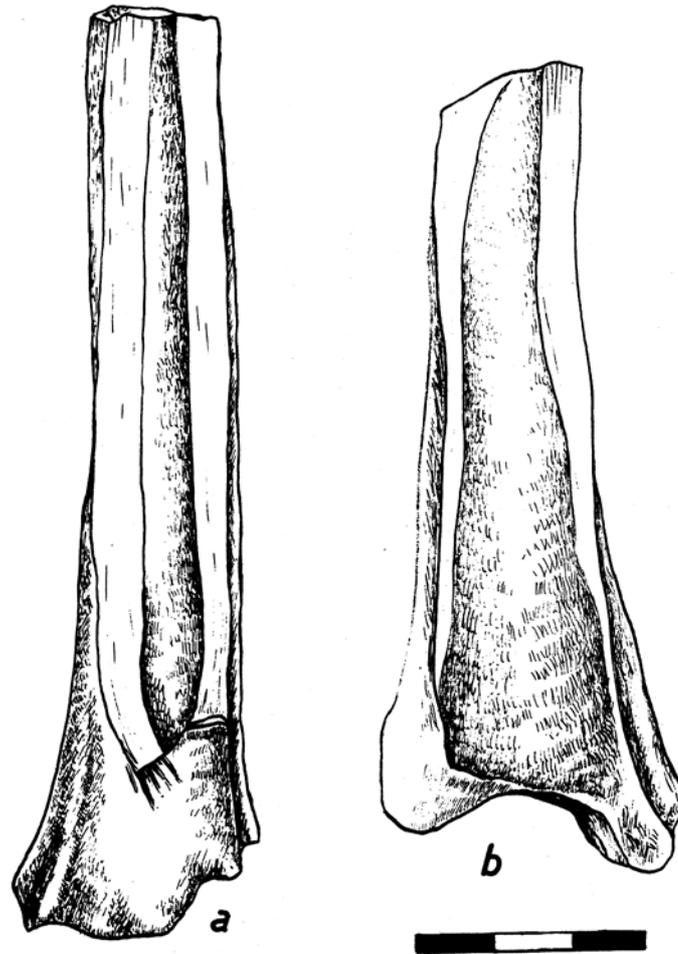


Fig. 17. Huesos aguzados del estrato e<sup>2</sup>.

#### IV. LA CUEVECILLA DE AITZORROTZ

Lorenzo Reca en sus investigaciones publicadas en 1926 alude a una cuevecilla u hoquedad bajo parte del muro del recinto: y a haber encontrado en ella (dentro de un estrato ne-gruzco de unos 30 cm. de espesor) algunos testimonios de aspecto más antiguo (pedernales trabajados, algo que creyó ser una piedra de molino, etc.), que le inclinaron a presentar una ocupación ya prehistórica de esta parte de la cumbre de Aitzorrotz. Realmente, existe dicha cuevecilla —a 430 cm. bajo la línea O— abriéndose su boca en los Cuadros 15U y 15V.

Nuestro estudio nos llevó a la excavación desde los Cuadros 21U y 21T hacia el interior: es decir, acercándonos al muro que, por el Oeste, cierra el recinto fortificado de la cumbre del monte. Nuestra prospección limpió una capa superficial de tierras de masa suelta conteniendo numerosísimos restos óseos animales (cerdo, cabra, oveja, vaca, etc.) : que hemos de pensar acaso correspondan a un vertedero de basuras del Castillo con el que esta estrecha grieta o cuevecilla acaso se comunicara pasada la zona en que se le superpone el muro, y ya dentro del recinto. En los metros que prospectamos ya por la parte de dentro de ese recinto (en su mayoría vaciado por L. Reca) observamos sólo el nivel inferior, estéril, de arcillas compactas. Ahora bien, pegando a la pared de roca natural que —por el lado Norte— forma la embocadura de la cuevecilla (es decir, dentro de los Cuadros 25T, 23T, 21U y 23U) recogimos diversos fragmentos de cerámicas de aspecto prehistórico: a —475 cm. bajo la línea O. Se hallaban dentro de una levísima capa que —en las grietas de los costados de la hendidura —había resistido las remociones de L. Reca y el natural derrumbamiento de tierras ladera abajo. Reliquias de ese mismo estrato arqueológico —al que hizo alusión, como fértil, Reca— encontramos en el Cuadro 15U, entre —440 y —450 de profundidad. En dicho estrato de tierra oscura, cenizosa, hallamos, pues:

714.—Una lasquita informe de sílex blanco.

715 a 741.—Fragmentos de cerámicas bastas, no trabajadas a torno, de color ocre oscuro casi negro, y con granos notables de desgrasante en su masa; han sido ligeramente espatuladas en superficie. Su grosor oscila entre los 11 y los 4,5 mm. Uno de ellos posee señales de dedas aplicadas a la pasta, en la zona de la panza. Resulta imposible, por la extrema fragmentación de los trozos, llegar a determinar formas concretas de recipientes.

742-743.—Dos bordes de la misma especie cerámica (de 6,5 y 7 mm. de espesor) con señales de unguilaciones (abordes dentados.) (figuras 20 a y b).

Además de algún trozo de cerámica de este tipo que ya hemos indicado en su recogida en el lugar correspondiente, inventariamos ahora otras piezas de sílex o pedernal que —procedentes, sin duda, de este mismo momento de «habitat» prehistórico— encontramos en la excavación de la zona somera de Aitzorrotz, y se hallarían allí por remociones que pudieron realizarse en plena Edad Media. Son:

744.—Pequeña lasca de sílex, con dos bordes opuestos rebajados (fig. 19c).

745.—Hojita alargada de sílex, con un borde parcialmente rebajado (fig. 19b).

746.—Punta de sílex de forma romboidal o losángica. Posee un retoque plano o facial que cubre casi por completo ambas caras del borde hacia el centro. El tipo puede ponerse junto a otros semejantes de los estadios antiguos de la Edad del Bronce (fig. 19a).

Hemos creído, además, conveniente reproducir aquí algunas de las once piezas trabajadas que publicamos en 1965, y procedían de las excavaciones de L. Reca. Eran: un raspador de cepillo, un buril diedro, un dudoso núcleo-raspador, un raspador nucleiforme (o mejor, raspador cónico), dos raspadores frontales, dos pequeños núcleos, etc. (véase la figura 18, con su selección).

## V. LAS ESTRUCTURAS CONSTRUCTIVAS

Como es natural, en una campaña inicial de prospección sólo pueden adquirirse evidencias relativamente seguras sobre las superposiciones —o acumulaciones— estratigráficas y —a veces— sobre la exacta entidad cultural o cronológica de dichos estratos. Y más difícilmente sobre las estructuras de construcción que sólo serán apreciables cuando la excavación

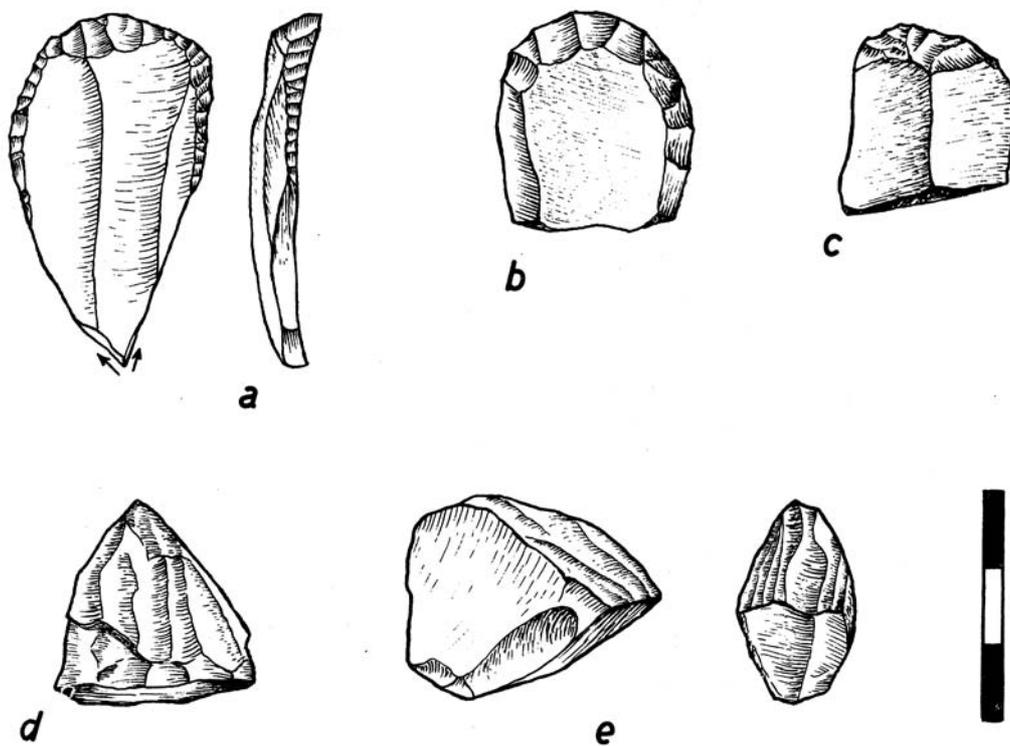


Fig. 18. Piezas de sílex de las excavaciones de D. Lorenzo Reca

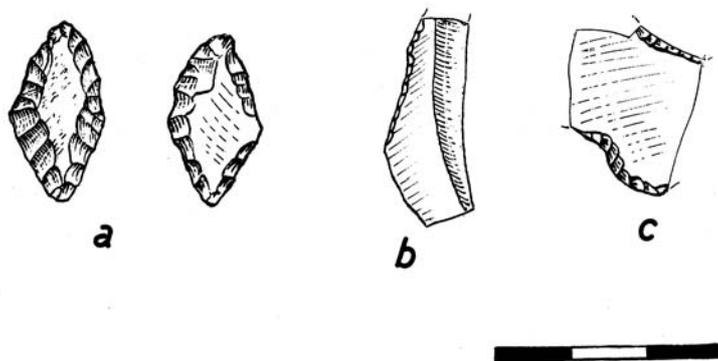


Fig. 19. Objetos de Sílex de aspecto prehistórico

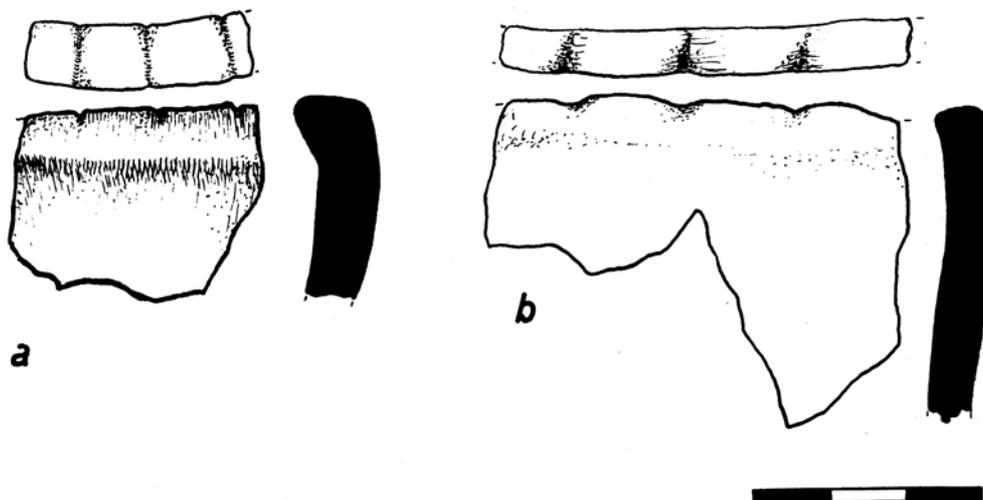


Fig. 20. Bordes de cerámicas a mano, con ungulaciones: halladas en la Cuevecilla bajo el castillo de Aitzorrotz.

llegue a cubrir un mayor espacio horizontal. De todos modos, debemos presentar aquí las diversas entidades constructivas que (a excepción de la ermita de la Santa Cruz) evidencian otras tantas labores de acondicionamiento de esta cumbre de Aitzorrotz para la habitación humana. Son:

1. Un *aljibe*, tallado en la roca viva, adosado al lado SE. de la ermita de la Santa Cruz. Aún no explorado.

2. Un *muro de cierre* que apenas sobresale del suelo actual y se conserva evidentemente fortificando el lado occidental de la cumbre de Aitzorrotz. Alcanza un espesor medio de dos metros. Y lo forman lajas de piedra suficientemente escuadradas, unidas entre sí por un duro cemento de cal y arena.

3. Una *trinchera* hecha, según nos informaron, en la última guerra civil, se halla adosada, por dentro, a dicho muro de cierre en los Cuadros 7R, 7S 9R, 9S, 11R y 11S. Como es natural, ha destruido toda evidencia estratigráfica aprovechable.

4. Una *construcción* derribada, cuyos escombros forman el estrato que hemos designado b. Pasaba, como pared de grueso muro, en diagonal por el lado ESE. del sondeo (Cuadros 1, 3, 5/P, Q, R, S): acaso su parte inferior se hallaba formada por sillares bien escuadrados y unidos por buena argamasa; a los que se superponía una estructura de piedras calizas apenas trabadas con ningún tipo de cemento.

5. Un *hogar* emplazado en la zona de los Cuadros 3R, 5R, 3Q y 5Q, dentro del estrato c. Forma un recinto rectangular del que fueron destrozados por una trinchera (anterior a las excavaciones de Reca posiblemente) un lado y parte de otros dos. El lado intacto mide 125 cm. de largo (véase la figura 4). Las paredes de su recinto la forman sillares de arenisca clavados verticalmente el uno junto y a continuación del otro: su grosor oscila entre los 13 y los 15 cm. El interior posee un lecho de arcilla intensamente enrojecida y tostada por el calor; sobre él hallamos carbones y clavos de hierro (figuras 9: e, f, g, h), pudiendo ser éstos residuos de la cremación de restos de vigas o maderamen. La base de ese recinto de «hogar» se superpone directamente al pavimento de mortero que constituye el estrato d; alrededor del hogar, por fuera, se han apilado piedras calizas de distintos tamaños como protección o refuerzo.

6. Un *pavimento* o suelo de masa de mortero: el que forma el estrato d. Nos interesa señalar que dicho pavimento llega hasta el muro de cierre, al que enfosca o guarnece por el interior: si bien debe notarse que dicho muro nace más abajo de la altura de ese suelo. Con lo que sería posible pensar que la construcción del muro haya precedido al momento en que se desarrolla tal pavimento; siendo, de todas formas, seguro que son funcionalmente sincrónicos uno y otro en determinada época. Es posible, por otra parte, que el hogar anteriormente descrito sea más reciente que este pavimento.

7. Una *canalización* (conducción de agua, o para drenaje) que se desarrolla dentro de dicho pavimento. La hemos localizado en el Cuadro 10, a —90 cm. de profundidad. Se orienta en dirección a 45° NNE, con una inclinación de buzamiento de su base en pendiente de 10°. Tiene sección rectangular de 27 cm. de altura por 12 de base. Indudablemente es contemporánea a la fecha de construcción del pavimento.

8. «*Suelos*»: con tal nombre se designan en Arqueología cada uno de los estratos o conjuntos de estratos (con los materiales en ellos incluidos) a los que suponemos testimonios de una continuada ocupación en un mismo lugar por parte de grupos humanos. Es decir, que el abandono de ese sitio o la presencia de anormales circunstancias (un cambio permanente en las condiciones climáticas, un incendio, un hundimiento o destrucción) nos marcan una alteración en la estructura y composición estratigráfica de los niveles arqueológicos, marcando el paso a un nuevo «suelo». En tal sentido en Aitzorrotz sólo parecen señalarse como suelos de habitación artificialmente acondicionados el correspondiente al estrato o pavimento d. Y así pudiera articularse el habitat de esta cumbre en unos grandes conjuntos:

a) Correspondientes a una ocupación (como lugar de habitación o de enterramiento) de la Cuevecilla, quizá a comienzos de la Edad del Bronce.

b) Correspondientes al conjunto de estratos e en la Edad Media.

c) Correspondientes al conjunto de estratos que se superponen a ese pavimento medieval d: siendo el c de habitación, el b de destrucción y el a formado en los largos años de abandono.

Ahora bien, sería posible —manteniéndonos en el terreno de la hipótesis a confirmar— llegar a mayores determinaciones de los estadios, o «suelos», de ocupación, según veremos enseguida.

## VI. CONCLUSIONES PROVISIONALES

Subrayando con insistencia su provisionalidad nos hemos de remitir a los futuros trabajos de excavación extensa que aclararán muchas de las incógnitas que más que como afirmaciones queremos plantear aquí como presunciones a verificar.

1. Las precisiones cronológicas son aún demasiado difíciles: por ser pocos los materiales datables con seguridad (monedas) y estar aún por hacer precisos estudios de tipología y evolución de las variedades llamadas «comunes» de la cerámica medieval. Pensamos, incluso, que Aitzorrotz pueda servir de pauta, en algún modo, a ese deseable Corpus de cerámica hispánica.

2. El recurso al dato histórico para aclarar el arqueológico es arma de doble filo: sobre todo cuando —como es nuestro caso— aún tan poco locuaces se muestran unos y otros. Con todo nos sentimos tentados a realizar una aproximación entre las informaciones procedentes del vestigio escrito y del monumental.

3. Hay que apuntar la posibilidad de remociones antiguas que, en la formación de las tierras o «suelos» —de cada estrato—, han podido mezclar con materiales contemporáneos a esa época del habitat otros procedentes de estratos inferiores, es decir, más antiguos. Así, el criterio de datación aproximada de cada nivel o «suelo» pensará que los elementos más modernos deberán considerarse sólo para tal cronología, como términos «ante quos» se formó el estrato correspondiente.

4. Creemos poder presentar, al final de esta I Campaña de prospección, los siguientes momentos, o «suelos» de la ocupación de la cumbre de Aitzorrotz. De más antiguo a más reciente:

- 1) Prehistórico, en la Cuevecilla y acaso en las grietas inferiores al estrato e.
- 2) Correspondiente a la masa del estrato e<sup>2</sup> que acaso se halla liquidado por un incendio cuya evidencia muestran las tierras calcinadas del subestrato e<sup>1</sup>. A no ser que este subestrato (lo veremos al ampliar la zona prospectada que —para nuestro caso— es muy reducida aún) tenga que ver con un hogar formado al liquidarse la ocupación de la época e<sup>2</sup>.
- 3) Correspondiendo al estrato e<sup>0</sup>.
- 4) Correspondiendo al conjunto de hechos constructivos: pavimento de mortero (estrato d), conducción de agua y reaprovechamiento del muro de cierre (si no es en este momento —suponemos que sea más antiguo— cuando se erigió el muro que actualmente se conserva). Dicho estadio de ocupación pudo liquidarse, también, por el incendio que certificarían las tierras calcinadas del tramo inferior del estrato c.
- 5) Correspondiente al estrato c. A él habrá de adscribirse el hogar que señalamos (aunque descansa sobre el pavimento d, su cuerpo se halla rodeado por materiales del c). Dicha habitación cesa cuando se produce el hundimiento de paredes que certifican los bloques y sillares del estrato b.
- 6) Correspondientes a distintas ocupaciones postmedievales: evidenciadas en las tierras revueltas que designamos estrato a; donde a materiales de los siglos XVI en adelante se unen otros de anterior ascendencia ahí llegados por las remociones que se vinieron efectuando en distintas épocas en la cumbre de Aitzorrotz.

5. Es importante señalar que los materiales recogidos en el conjunto de estratos medievales superiores al d (es decir, al momento de habitación posterior a este acondicionamiento orgánico del castillo), sólo en realidad en el c siendo el b testimonio de su destrucción, se mueven entre unos límites cronológicos de mediados del siglo XIII (moneda de Alfonso X) a mediados del XIV (monedas de Fernando IV y Alfonso XI): límite éste final que cuadraría perfectamente con ese año de 1369 en que, según J. de Altadill, sería abandonada la fortaleza de Aitzorrotz.

6. Suponemos, así, que la esporádica ocupación de la cumbre del monte en tiempos de Enrique IV (mediados del siglo XV), de la primera guerra carlista (1833-1839) y de la guerra civil española (1936-39) no dejarían restos constructivos estables, sino a lo más algunos materiales deleznable.

7. Del castillo entregado a Alfonso VIII en 1199 habrá de verse un testimonio en el estrato e (acaso subdivisible en dos «momentos», como señalamos en el punto 4-2/3 de estas Conclusiones).

8. No existe, hoy por hoy, evidencia alguna segura de ocupación romana de la cumbre de Aitzorrotz.

9. En cuanto a lo prehistórico, parece posible pensar en una presencia de elementos de la Edad del Bronce. Y, con muchas más dudas, de algo de tipo inmediatamente postpaleolítico (¿meso-neolítico?).

10. Junto a los castillos de Ausa (Zaldivia) y Jentilbaratza (Ataun) es el de Aitzorrotz el único sometido a excavación sistemática en Guipúzcoa. Insistimos en las semejanzas estructurales de estos dos últimos. Y, pensando en el de Bolibar-Ugazua y su futura II Campaña de excavación, nos proponemos los objetivos siguientes:

- a) Prospección y estudio del aljibe, conducción de aguas y muro de cierre de la fortaleza por el costado occidental.
- b) Ampliación de la zona excavada; y, si fuera posible, en el interior mismo de la ermita de la Santa Cruz: cuyo relleno no habrá sufrido de tan frecuentes remociones modernas.
- c) Prospección y excavación del lado meridional del recinto, donde se observan señales de muros y posiblemente se halle la puerta de acceso al recinto.
- d) Consolidación —si es posible— de tales muros y estructuras.



Lámina I. Puntas de flecha de hierro, medievales.

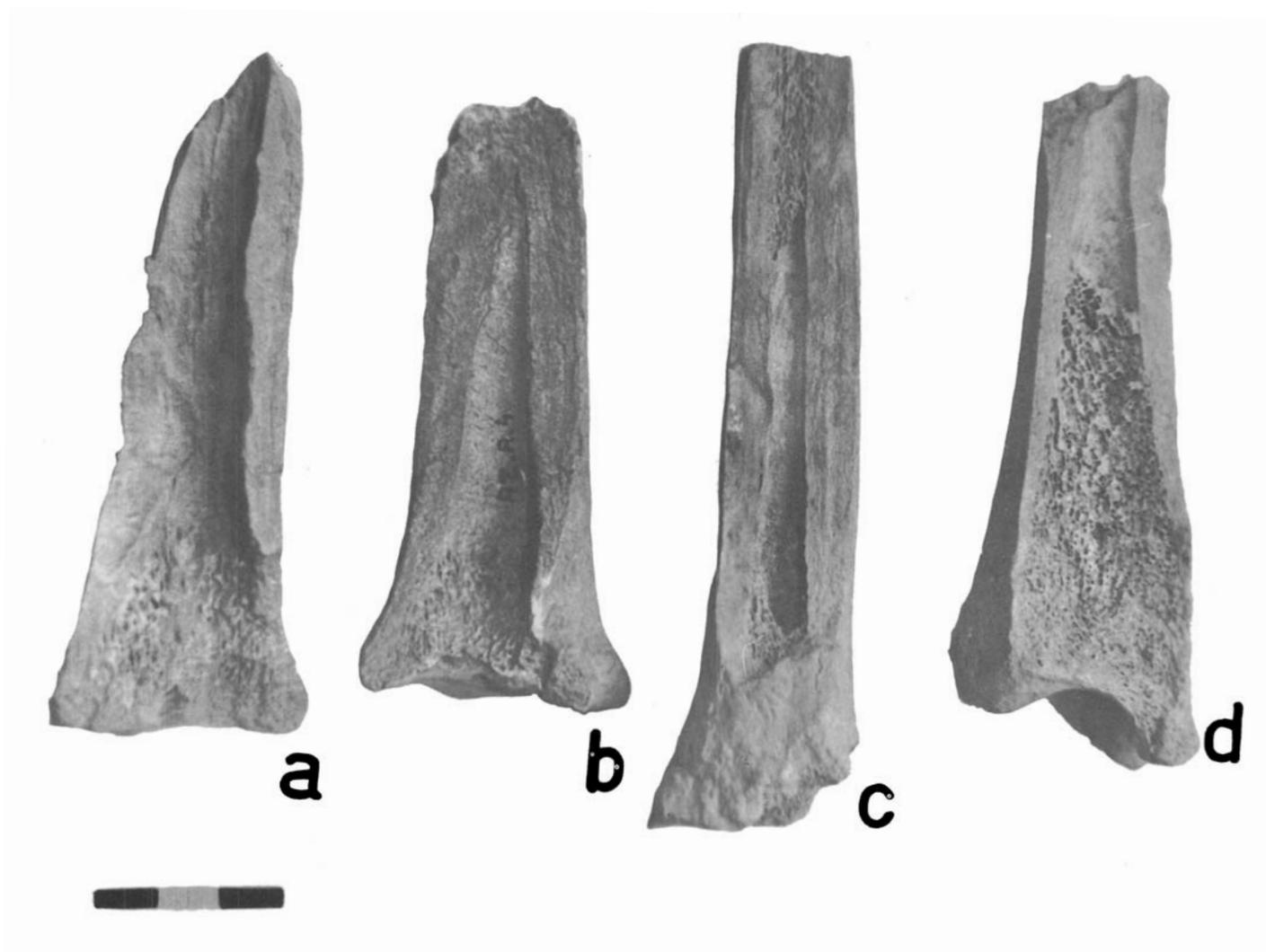


Lámina II. Huesos de extremidades de Bóvidos, aguzados intencionadamente.



Lámina III. Azuela y cincel de hierro de los estratos e y c.

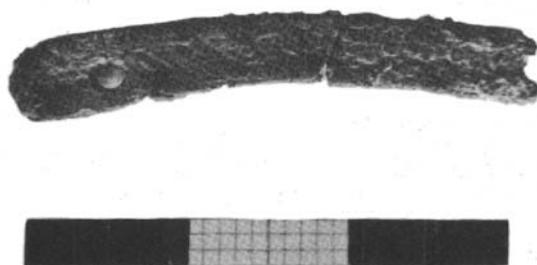


Lámina IV. Pieza de broche, del estrato c.



Lámina V. Aplique metálico (para la ropa] y hebilla, del estrato c.



Lámina VI. Parte del gavilán de una espada corta.



Lámina VII. Sello en bronce (de frente y costado) del estrato C.

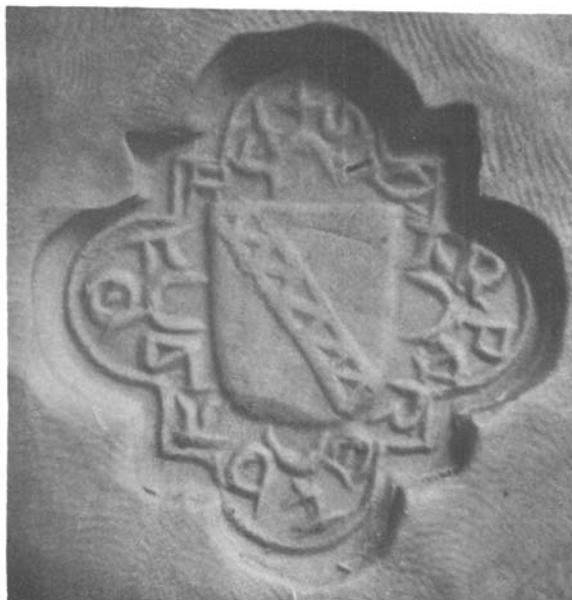


Lámina VIII. Impronta obtenida con dicho sello.

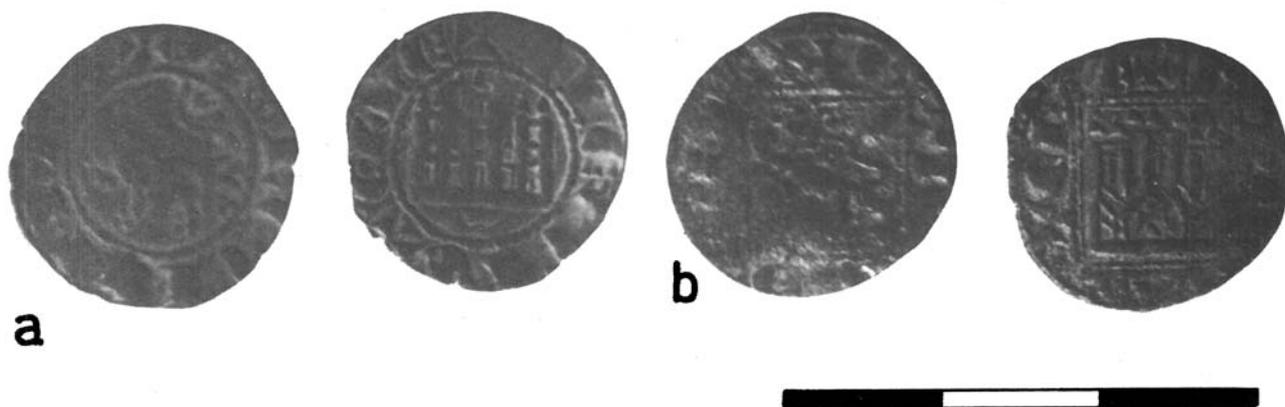


Lámina IX. Monedas halladas en el estrato c.  
a: de Alfonso XI de Castilla  
b: de Fernando IV de Castilla